

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

MONOGRÁFIA PARA OBTENER EL TÍTULO DE GRADO DE
LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA

¿Nuevas Masculinidades?

Estudio en jóvenes de un centro de educación técnico-profesional en Montevideo

Autor: Gerardo Buccino Evans

Tutora: Nilia Viscardi

Montevideo – Uruguay
2024

Índice de Contenido

1. Introducción	4
2. Debate sociológico: Género, violencia y masculinidades	6
2.1 Judith Butler: La performatividad de género y la matriz heterosexual	7
2.2 La naturalización de la dominación masculina	8
2.3 Manuel Castells y la crisis del patriarcado ¿Qué están perdiendo los varones?.....	9
2.4 Si los varones están perdiendo algo, tienen que reestablecer el orden: el mandato de la masculinidad para Rita Segato	10
3. Objetivos e hipótesis de investigación	12
4. Diseño metodológico.....	14
5. Marco Teórico	16
5.1. Las masculinidades, ¿un fenómeno poco abordado?	16
5.2. ¿Por qué estudiar las masculinidades desde la adolescencia?	17
6. Estado del arte	19
6.1. Masculinidad, violencia y contextos	19
6.2. Masculinidad, mundo del trabajo y las profesiones estereotipadas.....	22
6.3. Contexto: Brechas de género en el mundo de la ciencia, la tecnología y la Educación Técnico Profesional.....	25
7. Hallazgos empíricos durante el trabajo de campo.....	28
7.1. Los motores, ¿tienen género? Percepciones sobre la presencia de mujeres en carreras tradicionalmente “masculinas”	28
7.2. El reparto de las tareas del hogar y el peso del mandato “proveedor” para los varones: ¿Nuevas miradas o reproducción de los estereotipos tradicionales?.....	31
7.3. El término “Puto” y sus connotaciones: Si está todo bien, si está todo mal.....	34
7.4. Si no te peleas, sos cagón: el imaginario de la reafirmación masculina a través del uso de la violencia física.....	37
7.5. A las mujeres, ¿les gusta que les peguen? Percepciones sobre violencia de género.....	39
7.6. Identidad(es): el barrio, la idealización de la figura del “narco” y la música.....	41
8. Reflexiones finales	45
9. Bibliografía	51
10. Anexos.....	56
Anexo I - Tabla con detalle de entrevistas realizadas	56
Anexo II - Entrevista.....	57

Resumen Ejecutivo

El objetivo de la presente monografía es observar cómo se construyen las identidades de género (las masculinidades) entre los alumnos varones de un Centro de Enseñanza Técnico Profesional (CETP-UTU) e indagar si se reproducen, legitiman o resignifican las conductas predominantes de la masculinidad hegemónica, con la intención de generar un aporte al debate académico sobre género, violencia, educación y construcción de masculinidades.

Este trabajo comienza con una introducción donde se describen el contexto del tema de estudio y el debate sociológico donde se abordan las temáticas de género, violencia y masculinidades. Posteriormente se presentan el objetivo general y los objetivos específicos, la hipótesis de investigación y la metodología aplicada para llevar a cabo la misma. La información relevante se obtiene de la realización de entrevistas a estudiantes de entre 14 y 18 años, alumnos de las carreras de mecánica automotriz y belleza capilar, de un Centro de Educación Técnico Profesional-UTU.

A partir del material relevado durante el proceso de trabajo de campo, se estructura el capítulo de los hallazgos empíricos en función de seis ejes temáticos, los cuales brindan algunas herramientas fundamentales para dar respuestas a las preguntas que fueron guiando la investigación.

Por último, en base al análisis anterior, se destacan los hallazgos presentados a la luz de la discusión teórica. A grandes rasgos se sugiere que, en el contexto actual, la masculinidad hegemónica sigue teniendo un peso muy importante tanto en los discursos como en las prácticas de los varones adolescentes, en la construcción de sus identidades de género como varones.

Palabras clave: *adolescentes, educación, violencia, género, masculinidades.*

1. Introducción

La violencia basada en género es uno de los problemas de seguridad en la actualidad, estrechamente vinculado con las formas de construir las identidades de género en la adolescencia, momento en el cual se consolidan y reafirman los roles y diferenciaciones de género.

Las cifras de violencia hacia las mujeres en Uruguay nos muestran datos bastante contundentes y alarmantes. En 2022, hubo 42 casos de homicidios a mujeres, de los cuales 24 fueron femicidios. A su vez, el 67% de estos femicidios fueron cometidos por su pareja, ex pareja o familiar, según datos del Observatorio Nacional sobre Violencia y Criminalidad, perteneciente al Ministerio del Interior de Uruguay¹. Habiéndose destacado esto, ¿se puede encontrar un vínculo entre el aumento de la violencia de género y la construcción de la identidad de género (o la masculinidad) en los varones, en particular en los de las clases populares?

El presente trabajo monográfico surge a raíz del trabajo final del Taller Central de Investigación sobre “Juventud, Violencia y Sociedad”, materia que se enmarca en la carrera de grado de la Licenciatura en Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. El problema de investigación estuvo centrado en el estudio del modo en que los varones (jóvenes) de un Centro de Educación Técnico Profesional (ETP en adelante) construyen su identidad de género, a partir de ciertas prácticas o comportamientos que son los esperados para su sexo, en un momento en el cual los/as expertos/as en el tema hablan de “crisis de masculinidades”.

A los efectos de la investigación, también resulta relevante enmarcar este análisis en la problemática referida a las brechas de género en las áreas de ciencia, tecnología, y especialmente en el ámbito de la ETP. Gran parte de la literatura especializada en el tema, señala la existencia de desigualdades en la distribución de mujeres y varones según las áreas de conocimiento científico. Este tipo de brecha de género se hace más

¹ Datos de página web:

<https://www.gub.uy/ministerio-interior/datos-y-estadisticas/estadisticas/presentacion-datos-genero-2022>

notorio en las áreas denominadas STEM², donde según datos de la UNESCO (2019), las mujeres solamente representan el 35% de la matrícula a nivel mundial.

Por otro lado, los centros de ETP históricamente han albergado a un alumnado proveniente de clases populares. Su génesis se inscribe en el proceso de modernización de nuestro país, y desde tiempos remotos ha sido considerada como una educación de “segunda categoría” en relación a la que ofrece la educación secundaria, muy probablemente a causa de las características enciclopedistas de esta última, ligadas al acceso a la educación universitaria y la relación de la primera con el mundo del trabajo y los oficios. A estos centros acceden mayoritariamente los varones, con escasos rendimientos en educación primaria y con necesidades de incorporarse al mercado de trabajo en forma temprana a través de la rápida adquisición de un oficio (Conde, 2013). Asimismo, dichos varones provienen de hogares desfavorecidos socioeconómicamente y habitan barrios periféricos, con altos índices de violencia, criminalidad y homicidios, especialmente en el departamento de Montevideo³.

Para introducirnos en el tema y en la relevancia social del mismo, a continuación, se realiza un repaso sobre las principales corrientes teóricas que abordan el tema de la construcción social del género, y su vinculación con la violencia y las masculinidades.

² STEM es el acrónimo en inglés que hace referencia a Science, Technology, Engineering and Mathematics (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas)

³ La mayoría de los jóvenes entrevistados en el Centro de ETP, eran provenientes de barrios con un alto número de homicidios entre 2015 y 2019 (Tenembaum, Viscardi et al, 2021)

2. Debate sociológico: Género, violencia y masculinidades

Es necesario comenzar este apartado delimitando el concepto de género. Rosario Aguirre (1998), define este concepto como una herramienta que se utiliza para aludir a las formas históricas y socioculturales en que hombres y mujeres interactúan y dividen sus funciones, en una sociedad dada. Estas formas varían de una cultura a otra y se transforman a través del tiempo. Bajo esta mirada entonces, podemos decir que el género es una categoría analítica que permite analizar papeles, responsabilidades, limitaciones y oportunidades diferentes de hombres y mujeres, en distintos ámbitos como la familia, las instituciones, la comunidad, la cultura, etc. De todas maneras, la propia Aguirre sostiene que esta definición resulta insuficiente si no se tienen en cuenta los motivos por los cuales históricamente lo “femenino” ha estado subordinado ante lo “masculino”.

El sociólogo uruguayo François Graña señala que la persistencia y profundización del fenómeno de la violencia basada en género, a pesar de los esfuerzos y las campañas para erradicarla, puede entenderse si nos enfocamos en las relaciones desiguales de poder entre varones y mujeres. La dominación masculina, como argumenta Graña, puede ser vista como “la más antigua, eficaz y silenciosa de las relaciones de poder entabladas entre grandes grupos sociales” (Graña, 2011: 105).

Esta dominación, naturalizada, responde a una construcción social, que modela tanto los cuerpos como las mentes de las personas. El solapamiento de lo biológico y lo social, de lo que es dado por la naturaleza y de lo que es construido social y culturalmente, vuelven invisibles y “naturales” ciertos aprendizajes de las identidades de género, sobre cómo se debe ser mujer y cómo se debe ser varón.

Las ideas dominantes sobre la masculinidad toleran que los varones lleven a la práctica expresiones de agresión, violencia, poder sexual y homofobia. A la inversa, las expectativas sobre las mujeres incluyen sumisión y pasividad hacia los varones. Las normas de género, por su parte, dictan con frecuencia que los varones solucionen las disputas con violencia física o verbal.

Puede decirse que las relaciones asimétricas entre los géneros, como una forma de diferenciación y jerarquización arbitraria entre seres humanos, de la cual son partícipes tanto los varones como las mujeres, constituyen una forma de violencia. Para entender

un poco mejor como se han dado históricamente estos procesos, nos referiremos a la producción bibliográfica de algunos ineludibles autores en la temática (Judith Butler, Pierre Bourdieu, Manuel Castells y Rita Segato) que nos brindarán algunas pistas interesantes.

2.1 Judith Butler: La performatividad de género y la matriz heterosexual

Para entender de que hablamos cuando manejamos el concepto de identidad de género, tomamos la conceptualización de Judith Butler, a partir de lo que expone como “teoría de la performatividad”. Para Butler, es posible entender el género como un fenómeno que se expresa y se construye socialmente a través de performances: actos sociales, lingüísticos y corporales que evocan supuestas esencias masculino-femeninas.

Para reafirmar este concepto de performatividad expuesto por Butler, Carlos Duque nos dice que el género puede entenderse “como una construcción del cuerpo y de la subjetividad fruto del efecto performativo de una repetición ritualizada de actos que acaban naturalizándose y produciendo la ilusión de una sustancia, de una esencia.” (Duque, 2010:88).

Butler entonces pone énfasis en que la performatividad implica que nuestros comportamientos y acciones tienen el poder de construir la realidad de nuestros cuerpos, y así debemos dejar de entender al género como algo natural y fijo, para comenzar a entenderlo como algo construido, propio del efecto que la sociedad y la cultura tienen sobre nosotros. En su obra “Deshacer el género” (2006), la autora sostiene que el género como actividad “performada”, es un efecto de seguir normas. Esto significa que alguien deviene un género determinado a partir de la repetición de una serie de actos, discursos, gestos, estilos y modos de ser y actuar que forman parte del acervo de recursos sociales, que los individuos tienen disponibles para llevar a cabo sus comportamientos generizados. Así, la teoría performativa del género “supone que los diversos actos que una persona lleva a cabo a lo largo de su vida no son la expresión de una identidad de género previa, sino que son aquello que produce, retrospectivamente, la ilusión de poseer dicha identidad.” (Solana, 2013:161)

En este sentido, puede entenderse el sexo y el género como una construcción del cuerpo y de la subjetividad, fruto del efecto performativo de una repetición ritualizada de actos

que acaban naturalizándose y produciendo la ilusión de una sustancia, de una esencia. Tales producciones genéricas y sexuales se dan en el marco de lo que Butler denomina “matriz heterosexual”. Esta matriz entonces marca una normativa binaria a partir de la cual se admiten como válidos solo dos tipos de sexo (hembra y macho), de géneros (femenino y masculino) y de deseos (el del hombre hacia la mujer y la mujer hacia el hombre). A su vez, la matriz heterosexual establece una serie de mecanismos para penalizar el pasaje de cualquiera de los sexos/géneros/deseos al otro, y además establece diferencias cualitativas entre los elementos de este binarismo. Es decir, en la estructura jerárquica de esta matriz heterosexual, todo resultará postergado en relación a la masculinidad hegemónica, como analizaremos más adelante.

2.2 La naturalización de la dominación masculina

En su texto “La dominación masculina”, Bourdieu (2000) lleva a preguntarse sobre el origen histórico de la sujeción de la mujer. Luego de transitar por diversas teorías (marxistas y weberianas) y analizar con detenimiento los aportes de algunas autoras como Virginia Woolf, Simone de Beauvoir y Evelyne Sullerot arriba a la conclusión de que fueron las ciencias de la naturaleza como la fisiología, la biología y luego la genética, las que sin pretenderlo, quebrantaron el sistema de explicación biológica de la supuesta inferioridad femenina. De esa forma, aparecen con más claridad los aspectos culturales como las ideologías, estructuras de poder, división de roles, como finalidades naturales enmascaradas y abusivamente empleadas para fundar sistemas de representación que aseguren la dominación masculina. De esta forma, el autor afirma que las estructuras de dominación, impuestas por los hombres hacia las mujeres, son el producto de un trabajo continuo (histórico) de reproducción al que contribuyen unos agentes singulares (los hombres, a través de la violencia física y la violencia simbólica) y unas instituciones, a saber: Familia, Iglesia, Escuela, Estado.

Los dominados entonces (las mujeres) aplican a las relaciones de dominación unas categorías construidas desde el punto de vista de los dominadores, haciéndolas aparecer de esta forma como naturales. El efecto de la dominación simbólica opera en lo más profundo de los cuerpos, lo que nos da a entender que es algo que se reproduce socialmente y se “enseña”, con la complicidad y la cooperación de las instituciones socializadoras ya mencionadas, la Familia, la Escuela, la Iglesia, el Estado. Pero todo esto genera otras consecuencias sobre los dominados que contribuyen, sin ser del todo

conscientes de ello, a su propia dominación a través de la aceptación de los límites impuestos. Y los efectos de esta dominación simbólica, de los hombres hacia las mujeres, no se pueden superar tan fácilmente, ya sea a través de una toma de conciencia liberadora de los dominados o la voluntad de los mismos. En palabras de Bourdieu, los efectos y las condiciones de la eficacia de la violencia simbólica “están duramente inscritos en lo más íntimo de los cuerpos bajo forma de disposiciones.” (Bourdieu, 2000: 55). El poder simbólico no puede ejercerse sin la contribución de los que lo soportan, sostiene Bourdieu, ya que estos lo construyen como tal.

Este tipo de dominación es bastante poderosa y difícil de socavar, pues se ha biologizado en los cuerpos y en las mentes. La visión dominante no es simplemente una representación mental, unas ideas en la cabeza, una ideología, sino "un sistema de estructuras establemente inscritas en las cosas y en los cuerpos" (Bourdieu, 2000: 32), por lo cual, no basta para removerla, la voluntad o la conciencia.

2.3 Manuel Castells y la crisis del patriarcado ¿Qué están perdiendo los varones?

Esta exposición de la obra de Bourdieu acerca de la dominación masculina nos da pie para introducirnos en el análisis de Manuel Castells acerca de la crisis del patriarcado en la sociedad hiperintegrada de la era de la información. Castells (2001) señala que el patriarcado es una estructura básica de todas las sociedades contemporáneas y se caracteriza por la autoridad, impuesta desde las instituciones, de los hombres sobre las mujeres y sus hijos/as en la unidad familiar. Para que el ejercicio de esta autoridad se lleve a cabo, el patriarcado debe dominar toda la organización de la sociedad, la política, el derecho y la cultura. Pero hacia fines del milenio, el patriarcado se enfrenta a la encrucijada de su supervivencia, por la convergencia de determinados factores, como lo son el ascenso de una economía informacional global, los cambios tecnológicos en la reproducción de la especie humana y un movimiento feminista multifacético. La incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo aumentó su poder de negociación frente a los hombres, que ya no son los únicos proveedores materiales de la familia, socavando la legitimidad de su dominio y provocando que estos recurran a la violencia interpersonal y al maltrato psicológico hacia las mujeres debido precisamente a la ira que genera su pérdida de poder.

Castells se pregunta por qué es en esta etapa histórica que se producen estas transformaciones y comienzan a erosionarse las bases de la familia patriarcal. Y la hipótesis que maneja es la combinación de una serie de factores como lo son la transformación de la economía y el mercado laboral, en el cual las mujeres comienzan gradual y sostenidamente a incorporarse al mercado de trabajo abandonando su posición exclusiva en la esfera privada (reproductiva) y en estrecha asociación con la apertura de las oportunidades educativas de estas últimas. La crisis de la familia patriarcal encuentra su expresión en el debilitamiento de un modelo de familia basado en el ejercicio de la autoridad o dominación sobre toda la familia del hombre adulto, proveedor de ingresos o “jefe de familia”.

2.4 Si los varones están perdiendo algo, tienen que reestablecer el orden: el mandato de la masculinidad para Rita Segato

Lo anteriormente planteado por Castells acerca de la crisis del modelo de la familia patriarcal, nos permite sumergirnos en los valiosos aportes de Rita Segato acerca del mandato de la masculinidad, como una forma de reencauzar el desacato o desvío moral en el que incurren las mujeres. En su obra “las estructuras elementales de la violencia” (2003), Segato afirma que los varones se autoimponen los mecanismos de ejecución de la violencia. El mandato de la masculinidad occidental (que exige la exhibición constante y contundente de la potencia) obliga a los varones a disciplinar a las mujeres, con miras a validarse ante sí mismos y ante sus pares.

Para Segato, la violencia se configura en el cruce de dos ejes-coordenadas componentes de la estructura de género, uno vertical y el otro horizontal. En el eje vertical, que alude directamente a la dominación masculina sobre las mujeres, la interlocución se produce entre el agresor y la víctima. En el eje horizontal, que indica las relaciones entre los pares varones que han asumido la anteriormente mencionada masculinidad, se llevan a cabo ciertos actos comunicativos, cuyos mensajes se escrituran en contenidos bajo un lenguaje cifrado, pero completamente entendible y legible en términos simbólicos para los destinatarios, es decir para el resto de los varones, que busca el reconocimiento de su virilidad.

Un requisito fundamental entre los pares para ser reconocidos es demostrar que efectivamente se es hombre, lo cual se demuestra, nada más ni nada menos, logrando

que el eje vertical permanezca inamovible y estable, a través de una relación que mantenga la subordinación de las mujeres o de lo femenino. Los actos de violencia son, fundamentalmente, aquellos que mantienen la verticalidad de la estructura de género y, a la vez, constituyen la estructura patriarcal que solidifica el eje vertical, la cofradía, el corporativo masculino. El cruce de tales ejes funda constantemente la estructura elemental de la violencia patriarcal, y el estatus masculino depende entonces de la capacidad de exhibir esa potencia.

La estructura de género, de esta forma, elabora perfiles de personalidad asumidos, acatados y obedecidos por los varones. Y el mandato de la masculinidad asumido se vuelve una exigencia para los varones, excluyendo otros perfiles que no se inscriben ni en lo masculino ni en lo femenino patriarcal. Cumplir el mandato de género implica reproducir la estructura de la sociedad patriarcal. El mandato de masculinidad se exhibe mediante la “potencia sexual, bélica, política, económica, intelectual y moral” (Segato, 2018:44).

Segato considera que los ataques sexuales (en su libro *Las estructuras elementales de la violencia*, introduce el concepto de “mandato de la violación”) no son de carácter libidinal, en busca de satisfacer irrefrenables impulsos sexuales. Más bien son actos que se rigen por principios de perfil simbólico y estructural que, al cometerlos bajo el mandato de masculinidad, legitiman en general el orden patriarcal.

3. Objetivos e hipótesis de investigación

3.1. Objetivo general y objetivos específicos

- **Objetivo general**

El objetivo general de esta investigación es observar cómo se construyen las identidades de género (las masculinidades) entre los alumnos varones de un Centro de Enseñanza Técnico Profesional (CETP-UTU) e indagar si se reproducen, legitiman o resignifican las conductas predominantes de la masculinidad hegemónica, con la intención de generar un aporte al debate académico sobre género y masculinidades.

- **Objetivos específicos:**

- Observar si en los discursos de los varones se presentan rasgos de construcción de masculinidad hegemónica, en contraposición a otros tipos de masculinidad “alternativas”.
- Analizar si en el discurso de los adolescentes varones continúan vigentes ciertos rasgos esperados respecto a cómo deben comportarse varones y mujeres, sobre los estereotipos de género (en cuanto a la elección de las carreras – “feminizadas” o “masculinizadas” desde el imaginario colectivo) y sus impresiones y pensamientos acerca de la división sexual del trabajo y su persistencia en el mundo actual.
- Indagar cuál es el lugar que le otorgan estos adolescentes, desde su discurso, tanto a sus familias como al centro educativo, en su proceso de construcción de identidad de género.
- Conocer las percepciones de estos adolescentes acerca de la problemática de la violencia basada en género y otras formas de violencia con las que conviven en su cotidianeidad, en los contextos donde se construyen como varones (centro educativo, barrio, grupos de pares).

3.2. Hipótesis principal de la investigación

Como hipótesis, se plantea que las prácticas y comportamientos de los varones adolescentes afirman un modelo de masculinidad hegemónico, al cual permanentemente

se están acercando y/o enfrentando. Estas prácticas se ejercen y verifican tanto respecto de las mujeres como entre los varones. La masculinidad hegemónica impone ciertos rasgos, mediante los cuales el modelo “esperado” de ser varón connota ciertas expectativas (éxito, poder, asunción de riesgos, ostentación heterosexual, homofobia, supresión de las emociones, agresividad, violencia), en oposición al mundo de las mujeres y a aquellos varones que no “adhieren” al modelo de masculinidad hegemónica.

4. Diseño metodológico

La estrategia de investigación utilizada para llevar a cabo el estudio fue de corte cualitativo, a partir de la delimitación de un caso particular. El enfoque cualitativo nos permite orientar el estudio sociológico hacia la investigación de los procesos de producción y reproducción de lo social, a través del lenguaje y la acción simbólica (Alonso, 1998). Este enfoque permite entonces abordar las diferentes formas de interacción grupal que se establecen en el espacio social concreto, además de permitir el estudio de la realidad social como un conjunto de patrones intersubjetivos y narrativos.

En relación al caso particular, la investigación se realizó en una Escuela Técnica⁴ ubicada en el barrio montevideano de la Unión. En dicha institución, existe un Ciclo Básico Tecnológico (CBT), para adolescentes de 12 a 14 años, cuyo requisito de ingreso es tener primaria completa. Por otro lado, en la Escuela Técnica se brindan cursos para jóvenes a partir de 15 años en el marco del programa de Formación Profesional Básica (FPB), mediante la cual se brinda al estudiante una formación integral que le posibilita completar la educación media básica, a la vez que se brinda una formación base para su inserción laboral. Dentro de la oferta educativa de la FPB, podemos clasificar los cursos como tradicionalmente orientados a varones (Carpintería, Mecánica Automotriz, Panadería) y otros tradicionalmente orientados a mujeres (Belleza capilar, Gastronomía).

Una de las técnicas utilizadas para los fines de la investigación es la entrevista semiestructurada, con la intención de conocer los procesos subjetivos a partir de los cuales los varones construyen sus identidades de género, desde el momento en que sus palabras den cuerpo a sus experiencias e historias de vida, como pertenecientes a un grupo de adolescentes en un centro educativo de enseñanza técnica.

En esta investigación, se utilizó un muestreo de carácter no probabilístico. Se selecciona un grupo de Mecánica Automotriz, principalmente conformado por varones⁵. Durante el desarrollo de la investigación, y a sugerencia de una de las educadoras de la Escuela Técnica, se consideró oportuno también realizar entrevistas con las únicas dos mujeres del grupo de Mecánica Automotriz y con varones de un grupo de la carrera de Belleza

⁴ Se mantiene el anonimato de la institución, con el fin de proteger la identidad de las personas entrevistadas.

⁵ Ver tabla con información de alumnos/as entrevistados/as en Anexo I.

Capilar (que según los estereotipos de género predominantes y la División Sexual del Trabajo podemos denominar como una carrera “feminizada”), para conocer sus opiniones y creencias acerca de la construcción de la masculinidad en la etapa de la adolescencia que están transitando.⁶

Asimismo, se consideraron fuentes de información secundaria, como por ejemplo artículos extraídos de páginas web, e información asociada a la temática de masculinidades.

Por último, realizadas las entrevistas y procesada toda la información de las distintas fuentes, se procedió al análisis de la misma, contrastando con las hipótesis planteadas de forma tal de arribar a las reflexiones finales, conforme a los objetivos de investigación propuestos inicialmente.

⁶ Las preguntas realizadas en la entrevista se encuentran detalladas en el Anexo II.

5. Marco Teórico

5.1. Las masculinidades, ¿un fenómeno poco abordado?

Los estudios sobre masculinidades centran su atención, como explica el sociólogo chileno José Olavarría (2005), en cómo los hombres construyen su masculinidad y cómo se asocia esta con la sexualidad, la reproducción, la paternidad, el trabajo y la violencia. La masculinidad, así como el género, es una construcción colectiva, social y cultural, generalmente incentivada como parte del proceso de socialización de los varones biológicos, a través del cual les son indicados una serie de valores, códigos, significados y conductas a cumplir frente a sí mismos y a otros/as. El dispositivo principal en la construcción de las masculinidades es la lucha por diferenciarse e imponerse sobre lo “diferente”: lo femenino y todo lo que pueda estar asociado a esto. La antropóloga francesa Elizabeth Badinter (1993), sostiene que la construcción de la masculinidad se erige desde una triple negación: no ser mujer, no ser niño o bebé y no ser homosexual.

La delimitación de las fronteras culturales entre lo masculino y lo femenino, aunque sus mandatos específicos varíen dependiendo del contexto, implican roles, actitudes y comportamientos diferenciales en esferas y actividades como: la forma de presentarse, moverse y actuar en el ámbito público, la participación en el mundo político, la generación de ingresos económicos, la participación en el mercado de trabajo y la provisión del hogar, el lugar que se ocupa en la familia, respecto de la pareja y los/as hijos/as, la gestión del espacio privado y el hogar, el vínculo con la violencia y el riesgo, el uso y cuidado del cuerpo, la forma de experimentar la sexualidad, los deseos, la orientación y práctica sexual.

Sin embargo, no existe una forma consensual de ser hombre: podemos encontrar muchas formas de vivir y “ejercer” la masculinidad. A pesar de ello, se puede decir que sí existe una forma predominante, que es la masculinidad tradicional, también conocida como masculinidad hegemónica, y que puede definirse como el modelo social hegemónico que impone un modo particular de configurar la subjetividad, la corporalidad, la posición existencial del común de los hombres y de los hombres comunes, e inhibe y anula la jerarquización social de otras masculinidades.

Según Olavarría, los mandatos de esta masculinidad hegemónica, que son internalizados especialmente en el hogar y en las instituciones educativas, señalan e imponen determinadas pautas de comportamiento a los varones, tales como ser rectos, responsables, comportarse correctamente, ser autónomos, distinguirse de las mujeres, las que deben depender de ellos y estar bajo su protección. Además, los varones tienen que dar siempre la sensación de estar seguros, ser valientes, no disminuirse ante los otros, no deben mostrar signos de debilidad ni de dolor.

La masculinidad hegemónica entonces está relacionada con la voluntad de dominio y control, de producción ideológica, resultante de los procesos de organización social de las relaciones mujer/hombre a partir de la cultura de dominación y jerarquización masculina y deriva su poder de la naturalización de mitos acerca de los géneros, contruidos para la legitimación del dominio masculino y la desigual distribución genérica del poder.

5.2. ¿Por qué estudiar las masculinidades desde la adolescencia?

Para Raewyn Connell, una de las autoras con mayor producción bibliográfica en el tema de las masculinidades, la importancia de la adolescencia en la construcción de las masculinidades se encuentra en la forma que adoptan ciertas prácticas adolescentes, tanto en la forma en que las masculinidades ya existentes son apropiadas y habitadas, así como también en la negociación o rechazos con los antiguos patrones de identidad masculina. En palabras de la autora, “los cuerpos en desarrollo son re-interpretados y desafiados por nuevas prácticas e instituciones, como la educación. Las imágenes son combatidas, pero también negociadas; los poderes del mundo adulto son aproximados y al mismo tiempo, confrontados. En estos ámbitos, diversos caminos son creados por diferentes grupos de jóvenes”. (Connell, 2003:53).

En esta etapa, las primeras confrontaciones de los adolescentes con el mundo adulto aparecen. Este mundo adulto se presenta como ya construido y, por lo tanto, no es producto de sus propios deseos o prácticas. Sin embargo, los jóvenes en este proceso están a un paso de convertirse en participantes y miembros del mundo de los adultos. El Estado, el mercado, el capital corporativo, están por consiguiente al alcance de la mano para ellos. Al mismo tiempo, los placeres y las libertades de la vida adulta están también más cercanos. Es en esta etapa que los niños conocen el Estado, principalmente en la

forma del sistema educativo. Y, según Connell, los poderes coercitivos del Estado se vuelven claros cuando los adolescentes entran en conflicto manifiesto con la escuela, lo que sucede más frecuentemente entre los jóvenes de clase trabajadora, lo que más adelante volveremos a analizar cuando hablemos sobre masculinidades y trabajo.

Según Norma Fuller (2003), en la adolescencia los varones comienzan a desmarcarse de la esfera doméstica en la cual fueron criados y socializados. Hasta la niñez, los varones pertenecen al mundo de la casa y están bajo estricto control materno, pero en la etapa adolescente se da un quiebre, una separación simbólica de este mundo y se ingresa al mundo masculino. En la medida en que la adolescencia es el período en el cual los adolescentes se están separando simbólicamente del espacio doméstico, la cultura juvenil despliega diversas estrategias por las cuales se establecen cortes simbólicos que permitan a los varones no contaminarse con lo femenino (lo propio del espacio doméstico), marcando distancia frente a este orden. Y el grupo de pares será crucial para que el varón atraviese esta etapa de la niñez a la hombría.

Según la autora, esta camaradería es producto de la situación marginal en la que se encuentran los varones, que aún no poseen vínculos jurídicos plenos, y forma parte de la afirmación de su masculinidad y el lugar que empiezan a ocupar en la estructura social. Los grupos de pares se constituyen en los ámbitos más opresivos para la producción y regulación de las identidades masculinas, a través de la presión que ejercen los otros (compañeros, amigos, colegas), para que el varón se ajuste al modelo de masculinidad del grupo. Existen ciertos rituales o pruebas de transición que un varón debe llevar a cabo para sentirse “hombre” y que su grupo de pares lo considere como tal. Estas pruebas van desde el consumo de sustancias (alcohol o drogas ilegales), el combate cuerpo a cuerpo o la iniciación sexual (generalmente heterosexual). Esos rituales imponen a los varones la “necesidad” de demostrarle a sus pares que ya están listos como “hombres” para enfrentar los desafíos del mundo adulto.

Carlos Lomas (2007) explica en un estudio sobre la violencia escolar en España que el acoso, el matonismo y la violencia en las aulas tienen origen en los aprendizajes que ocurren en ciertos contextos familiares, sociales y culturales. Los hombres y las mujeres aprendemos a ser quienes somos como consecuencia “del influjo de una serie de mediaciones subjetivas y culturales (el origen sexual, el lenguaje, la familia, la instrucción escolar, el grupo de iguales, el estatus económico y social, las ideologías, los

estilos de vida, las creencias, los mensajes de la cultura de masas...) que influyen de una manera determinante en la construcción de las identidades humanas.” (Lomas, 2007:90). La masculinidad entonces se construye a partir de ciertas características que son esperables para los varones: liderazgo, agresividad, competitividad, violencia, éxito, y en oposición a ultranza al mundo de las mujeres.

El arquetipo tradicional de masculinidad que se sustenta en el ejercicio de la fuerza y el poder, en ocultar los sentimientos, en la ostentación heterosexual, en la homofobia, entre otras cosas, es una de las formas (aunque no la única) en la que se socializan los hombres. Y según nos comenta Lomas “el modelo dominante de masculinidad sigue inspirando las conductas de demasiados chicos que ven en el ejercicio violento del poder y en la objeción escolar una manera de afirmar su identidad masculina frente al orden femenino de la escuela” (Lomas, 2007:93). Esto se puede traducir en un rechazo a las reglas del juego académico y en una diferencia casi absoluta ante el aprendizaje escolar. El autor, citando a Pierre Bourdieu, destaca que de esta forma la escuela o el centro educativo se convierten en un mercado simbólico de intercambios, donde el prestigio se conquista sosteniendo los estereotipos de la masculinidad dominante. Los insultos, las peleas, las agresiones físicas o verbales en su conjunto, se convierten en las acciones cotidianas de los varones que están convencidos que, para aprender a ser varones dentro de esa lógica dominante de la masculinidad, deben cumplir con esos rituales. El modelo tradicional de la virilidad sigue constituyendo, según Lomas, en el referente dominante del aprendizaje social de la masculinidad en la mayoría de los varones.

6. Estado del arte

6.1. Masculinidad, violencia y contextos

Existe una prolífica producción desde las ciencias sociales que vincula a las formas de construirse como varón en las sociedades globalizadas de la actualidad con el ejercicio de la violencia urbana y cotidiana, perpetrada entre los pares varones.

Alba Zaluar (2008), al hablar de las conexiones entre la violencia urbana (preferentemente masculina) y el tráfico de drogas, señala que existe un tipo de masculinidad desarrollado por los jóvenes de los barrios carenciados de Río de Janeiro

en Brasil, en contextos de luchas por el control territorial del tráfico de drogas. Dichos varones, que reflejan una masculinidad exhibicionista y exagerada, son jóvenes que no han podido “construir su identidad masculina como obreros tradicionales por el trabajo, por la educación, por la propiedad y por el consumo de bienes duraderos, cosas que un empleo de trabajo manual permitía obtener hasta mediados del siglo pasado” (Zaluar, 2008: 165). De esta forma, dichos jóvenes varones se ven enfrentados a una violencia descomunal, y no solo pierden la vida por el control de los puntos de venta de droga, sino también por cualquier motivo que ponga en tela de juicio o amenace su estatus masculino.

Entre estos jóvenes, pertenecientes a las capas más pobres de la población, la posibilidad de alcanzar un nivel de vida a través del consumo ostentoso producto de actividades fuera de la ley es visto como un modo de vida aceptable, que no alcanzarían de otra forma, y se constituye en un elemento importante a la hora de definir sus nuevas identidades masculinas. La ostentación, la ayuda a los amigos y familiares, la celebración de fiestas costosas, son actitudes que forman parte de esa estrategia de “macho dominante” en la sociedad brasileña, dice Zaluar, y que de alguna forma también aparece como ideal en el discurso de algunos de los jóvenes entrevistados en el correr de la investigación. Zaluar denomina a este tipo de construcción de identidad de género como “Hipermasculinidad”, y la asocia a la demostración de hombría a partir de los excesos: mucha bebida (o droga), mucha comida, mucho sexo y mucha exhibición de fuerza física o armada. El uso de las armas de fuego, como elemento de persuasión y de demostración de poder, se constituye también para estos varones como un símbolo de estatus y respeto, cristalizando lo que la autora designa como el “ethos guerrero” de la masculinidad, que surge a partir de los fenómenos desestructurantes de la economía sumergida en la era de la globalización.

La relación entre juventud, masculinidad y violencia también es analizada por Pablo Caraballo, en un trabajo realizado en Venezuela con jóvenes de barrios carenciados de la ciudad de Caracas. Al hablar del “malandro”, como se conoce a los jóvenes transgresores de la ley en la capital venezolana, se está hablando, según el autor, de jóvenes integrados a la sociedad, pero que han desarrollado ciertas habilidades ambivalentes necesarias para ir y venir, desde lo formal a lo informal. Y este aprendizaje está ligado al barrio, “en la medida que las dinámicas formalmente institucionalizadas

no satisfacen sus necesidades de inclusión y los mecanismos de integración social se ven deteriorados” (Caraballo, 2015:144)⁷.

Para estos jóvenes, la masculinidad cumple una doble función en el proceso de derivar hacia la violencia: por un lado, la posibilita y por otro, la motiva y la convierte en una forma de reivindicación pública. Estos jóvenes adolescentes aún se perciben a sí mismos como “seres deficitarios” (que todavía no pueden alcanzar la adultez), y son susceptibles de “feminización”, lo que los conduce a un ejercicio de permanentes demostraciones de virilidad y hombría, y una de esas demostraciones es guardar silencio. Esto les permite, según el autor, “formar parte del grupo de varones que a su vez confirman entre ellos la convicción de que es esa la manera verdaderamente válida (natural) de ser hombre” (Caraballo, 2015:144-145).

Los requerimientos simbólicos de estas prácticas asociadas a la violencia masculina entonces toman potencia en el contexto del barrio, como un atributo estigmatizante, según la definición de Goffman que el autor trae a colación, lo que puede producir una mayor preocupación por mantener la identidad masculina, constantemente asediada. En estos contextos, se genera un escenario propicio para la inculcación de patrones de violencia, lo que se produce según Caraballo, en el contacto temprano con armas de fuego.

Los jóvenes varones habitantes de estos sectores se hallan en contacto y bajo la influencia de una red de hombres (lo que se puede percibir en algunas conversaciones con los jóvenes estudiantes entrevistados en el centro educativo) que “enseñan” la importancia del respeto como “noción inherente a su identidad masculina” (Caraballo, 2015:146). La necesidad de hacerse respetar, también muy referenciada en el discurso juvenil, frente a otros pares implica la incorporación de ciertas disposiciones vinculadas a la construcción de una masculinidad reconocida a través de la violencia y el control.

La masculinidad de estos jóvenes se consolida entonces a través de ciertas prácticas violentas, en oposición y por medio de la inferiorización de otros varones (o de otras masculinidades) que sirven como referentes negativos, sirviéndose en estos casos de apelativos que funcionan como insultos, agravios o descalificaciones que son utilizados

⁷ La relación entre violencia, masculinidades y territorio es objeto de una corriente creciente de estudios en América Latina (Cozzi, 2022, Tenenbaum, Viscardi, 2023). No podemos, en el marco de esta revisión, ampliarla y abarcarla, quedando como desafío para próximos trabajos.

con el fin de “aplastar” a potenciales rivales. Dichos apelativos van desde la orientación sexual (“puto”), hasta la transgresión de género (“nenita”).

La identidad del “malandro” es vista como un proyecto de género particular que se revela muchas veces (aunque no exclusivamente) en prácticas violentas y al margen de la ley, que implica también una manera de conducir y producir el cuerpo: formas de hablar, de caminar y de vestir que, según Caraballo, “actualizan la economía del poder masculino, en medio de dinámicas “urgentes” que además exigen la reivindicación de su respeto.” (Caraballo, 2015:148).

El ejercicio de la violencia física se potencia en los jóvenes varones débilmente enlazados a las actividades de participación y promoción social, lo que fue constatado en una investigación etnográfica realizada en Montevideo por Calisto, Gandolfi y Rostagnol (2023), que indaga las formas en que se produce la socialización sexual de los y las jóvenes en determinados espacios públicos y centros educativos.

Las autoras muestran cómo en las relaciones sexoafectivas entre los y las adolescentes de la capital, se pueden observar prácticas de iniciación y de violencias que reproducen relaciones jerárquicas y controles diferentes del deseo según género, edad y clase social, y señalan que estas relaciones de poder y representaciones de roles se viven con mayor intensidad en los jóvenes que asisten a un centro educativo de la periferia de la capital, donde concurren jóvenes de escasos recursos y con rezago escolar.

6.2. Masculinidad, mundo del trabajo y las profesiones estereotipadas

Según los mandatos de la masculinidad hegemónica, el trabajo se convierte en un paso fundamental en el camino del varón adulto. Es uno de los pilares sobre los que se sostiene el lugar del hombre en su núcleo familiar. El trabajo remunerado como actividad principal del varón, que según los mandatos de masculinidad dominante le deberían permitir ser el proveedor principal, reafirman la distinción entre el mundo doméstico de las mujeres y el mundo público de los varones.

Un buen punto de partida para establecer el nexo entre la construcción de la masculinidad y la cultura del trabajo, es la obra de antropólogo inglés Paul Willis (1988). El núcleo de su obra responde a una investigación de varios años sobre la juventud obrera y su elección de empleos que pueden denominarse “trabajo manual”, en contraposición del trabajo intelectual. Estos jóvenes, fundamentalmente de sectores

obreros, durante su paso por los centros educativos desarrollan una cultura "contraescolar"⁸ basada en su pertenencia de clase en conjunción con su paso por la institución. Ahora bien, ¿Cuál es la relación entre la masculinidad y el trabajo según el autor? Según Willis, el trabajo manual es asociado por estos jóvenes a la superioridad social de la masculinidad y el trabajo mental se asociaría a la inferioridad social de la femineidad. Estas diferencias de género y de trabajo mental y manual suministran formas arcaicas que se desarrollan en las formas y relaciones culturales propias del capitalismo contemporáneo.

Para Willis, un miembro de la cultura contraescolar "sólo puede creer en la femineidad del trabajo de oficina mientras que las esposas, novias y las madres sean contempladas como limitadas, inferiores o incapaces para ciertas cosas" (Willis, 1988:174). Estos jóvenes imponen a las mujeres un rol restringido, una ideología de la "domesticidad". Los "colegas" (como denomina Willis a los miembros de la cultura contraescolar) consideran que la actividad mental debe ser rechazada porque no constituye un trabajo "para hombres de verdad". El trabajo manual, sin embargo, está revestido de cualidades masculinas y les concede ciertas sugerencias físicas, a partir de la rudeza de dicho trabajo y el esfuerzo viril necesario para llevarlo a cabo. Como señala el autor "La brutalidad de la situación obrera es parcialmente reinterpretada en un ejercicio heroico de varonil confrontación con la tarea. Las condiciones difíciles, incómodas o peligrosas son apreciadas, no por sí mismas, sino por su adecuación y dureza masculinas." (Willis, 1988: 176). A su vez, el salario masculino es central para ellos, y se convierte en un símbolo de los dictados de la cultura patriarcal sobre la economía y cultura doméstica.

Por su parte Olavarría (2001), en una investigación realizada con varones en Chile, observa que los varones de clases populares ya desde adolescentes comienzan a asumir responsabilidades de proveeduría con sus familias, abandonando tempranamente la educación formal. El ingreso al mundo laboral a temprana edad "hizo sentir a los varones que asumían los mandatos sociales que señalan que los hombres son del trabajo." (Olavarría, 2001:62)

⁸ Se puede esbozar la hipótesis que los alumnos de Centros ETP desarrollan una especie de cultura contraescolar en los términos que plantea Paul Willis, asociado al marco normativo de dichos centros educativos, donde se explicitan más fuertemente y de forma estricta, las normas de convivencia y los reglamentos de conducta, como se expresa en el libro "Gramática(s) de la convivencia" (Viscardi, Alonso 2013)

A partir de ahora resulta necesario aproximarse a la teoría de género para intentar comprender cuáles son los motivos que desembocan en que determinadas carreras sean elegidas por varones y por mujeres.

Como consecuencia de los estereotipos de género, existen creencias fuertemente arraigadas socialmente que indican que existen carreras que son para varones y otras para mujeres. Estos estereotipos nos son inculcados desde que nacemos, a través de la socialización de género, en la que intervienen tanto las familias, la escuela y los medios de comunicación. Como sostiene Fernández Casado (2016), uno de los mecanismos que condicionan la capacidad de elección de estudios y ocupación por parte de varones y mujeres se refiere a las expectativas de sanciones, pues a la hora de tomar decisiones educativas, la socialización de género termina imponiendo sus expectativas sobre el rol que ocupamos en la estructura social. Dichas sanciones pueden ir desde la desaprobación de los padres, familiares y grupos de pares hasta el acoso recibido por las mujeres en el caso de seguir una carrera tradicionalmente masculinizada. Por lo tanto, las y los jóvenes suelen elegir aquellas carreras que no vayan en contra de su imagen de género, y en las que vayan a tener más oportunidades y menores dificultades en el acceso y su mantenimiento.

Para entender de mejor manera esta separación entre carreras masculinizadas y feminizadas, es necesario tener en cuenta el concepto división sexual del trabajo. Según Tomassini (2014), la división sexual del trabajo implica una jerarquía social, basada en las diferentes asignaciones (simbólicas) de valor, que en nuestras sociedades salariales revalorizan los trabajos de producción y devalúan los de reproducción. Este concepto da cuenta de la división esperada en función del sexo del individuo y el lugar que va a ocupar en el mercado de trabajo, lo que determina comportamientos y roles diferentes, en función de un deber ser masculino (como proveedor del hogar) y femenino (como encargada de las tareas reproductivas, como el cuidado y la realización de las tareas de la esfera doméstica). De esta forma, los roles de género asocian a las mujeres con aquellos roles "naturalmente" femeninos, sesgándolas hacia el ámbito privado, estético, afectivo y de cuidados, estereotipos que chocan duramente con aquellos "esperables" para el cumplimiento de determinadas profesiones como las relacionadas con la mecánica.

6.3. Contexto: Brechas de género en el mundo de la ciencia, la tecnología y la Educación Técnico Profesional

Tomassini y Zurbrigg (2020) destacan que en el marco de socialización de género, niñas y niños aprenden que los roles masculinos se asocian a rasgos instrumentales y orientados a logros, mientras que los roles femeninos son más orientados a rasgos expresivos y comunitarios. También se pueden destacar como factores explicativos de estas elecciones, creencias sobre el desempeño personal en estas áreas, sobre todo en el caso de las niñas que creen menos en sus posibilidades que los varones (influenciadas muchas veces por comentarios de sus referentes educativos o familiares), y el peso de los estereotipos masculinos en el ambiente y las culturas masculinizadas en ciertos ambientes científicos y técnico-profesionales.

Siguiendo con Tomassini (2014), la división sexual del trabajo y la asignación de roles de género dentro la ciencia académica opera en al menos dos sentidos. Por un lado, la asignación de tareas propias de la laboral académica y las formas en que la división sexual del trabajo interviene en la distribución diferencial de roles de investigación, enseñanza, administración, etc. Por otro, opera a la interna de los hogares y las familias, sobre todo en la carga de trabajo de cuidados que son asumidos especialmente por las mujeres y que condicionan sus posibilidades de desempeñarse dentro de la ciencia académica, lo que resulta clave en el futuro para analizar sus trayectorias en el ámbito académico y laboral.

Los principales estudios a nivel nacional e internacional, permiten constatar que las trayectorias académicas de varones y mujeres en las áreas STEM presentan marcadas diferencias, en el sentido de que las mujeres construyen dichas trayectorias enfrentando más obstáculos y discontinuidades que sus pares varones, sobre todo en relación a la asunción de las responsabilidades de cuidado de hijos e hijas.

Pero la pregunta que se presenta a partir de ahora es: ¿En qué momento de la senda educativa comienzan a aparecer estas brechas de género en las áreas STEM? Según los datos publicados UNESCO (2019), relativos a la educación de niñas y mujeres en Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas, la mencionada brecha de género en estas áreas comienza a hacerse evidente en los primeros años de la educación secundaria, cuando se constata que las niñas empiezan a perder el interés en las materias STEM. Y aun cuando existan niñas que elijan continuar con el estudio de dichas asignaturas,

muchas veces terminan desalentándose a la hora de continuar con los estudios superiores en STEM, como consecuencia de la poca o escasa presencia de mujeres con empleo en dichas áreas, o cuando esas ocupaciones se perciben como difíciles de combinar con la vida familiar.

Dentro de la población femenina en la educación superior a nivel mundial, sólo alrededor del 30% elige disciplinas STEM, y la matrícula de las estudiantes femeninas es especialmente baja en tecnología, información y comunicaciones con un 3%, en ciencias naturales, matemáticas y estadísticas con un 5%, y en ingeniería, manufactura y construcción con un 8% (UNESCO, 2019). Otro elemento a destacar es que no solo la participación femenina es baja en estas áreas, si no que la tasa de deserción es especialmente alta, fundamentalmente durante sus estudios universitarios, en su transición al mundo laboral e incluso durante su trayectoria profesional.

En nuestro país, los datos disponibles evidencian una realidad semejante a la del resto del mundo. Ya desde la educación media o secundaria, se observa que la proporción de varones que valoran positivamente su habilidad y desempeño en matemáticas es mayor que en el caso de las mujeres (INEED, 2017), lo que se acompaña con mejores resultados en esta área, según los datos que arrojan las pruebas PISA 2015.

Haciendo foco en lo que sucede en la ETP, dentro de las opciones que involucran las áreas STEM se repite, al igual que en los otros niveles educativos, la menor presencia de mujeres. Según datos de ANEP para la matrícula de CEPT-UTU del año 2018, en la Educación Media Tecnológica la proporción de mujeres es muy baja en relación a los varones en disciplinas tales como: Informática (15%), Electricidad y Electrónica (6%), y fundamentalmente en Mantenimiento y Reparación de Vehículos (carrera a la que pertenecen algunos de los y las jóvenes entrevistados durante esta investigación) con apenas un 4% de la matrícula, lo que evidencia claramente la fuerte impronta masculina de estas carreras en la ETP.

Rivero y Ortega (2020), señalan que, desde su surgimiento, la ETP en Uruguay⁹ fue concebida con una doble finalidad: capacitar la mano de obra para la inserción al capitalismo incipiente, y al mismo tiempo, disciplinar a los sectores populares y la

⁹ La enseñanza técnica en Uruguay tiene sus orígenes en la Escuela de Artes y Oficios, creada en el año 1878, durante la dictadura del Gral. Lorenzo Latorre, en el marco del proceso de “modernización” del país. La misma surge con un fin “civilizador”, y dependía del Ministerio de Guerra y Marina.

población rural. En esta primera etapa, la formación estaba enfocada en los hombres, y las iniciativas de formación para las mujeres estaban orientadas en función de su condición de “madres y esposas”. Durante los años subsiguientes, la ETP continúa mostrando una fuerte impronta de diferencias de género, con carreras vinculadas al sector productivo dirigidas exclusivamente a los varones (estudios manuales, comerciales, artísticos y secundarios), y carreras vinculadas a los oficios domésticos, dirigidas a las mujeres.

Avanzando hacia el Siglo XXI, tanto en nuestro país como en el resto de América Latina cobran relevancia la ciencia y la tecnología en los planes de estudio de la ETP, en el marco de un período caracterizado por la emergencia de las economías globalizadas. En este periodo se produce un crecimiento sostenido de la matrícula, que se vuelve pronunciado especialmente a partir del año 2010¹⁰.

En relación al análisis de las brechas de género en la ETP, se puede destacar que se visibiliza una fuerte segregación horizontal según las diferentes áreas de estudio: en la Enseñanza Media Superior, se identifica que los varones se concentran predominantemente en las áreas de industria y producción, arquitectura y construcción, agricultura y pesca, informática y, como ya se ha señalado, reparación y mantenimiento de vehículos. Por su parte las mujeres se concentran en áreas tales como comercio y administración, servicios y artes y humanidades (Rivero y Ortega, 2020).

Estos patrones de segregación horizontal se sustentan en imaginarios y roles de género sobre las profesiones, con gran arraigo no solamente en nuestro país, sino que a nivel mundial. Dichos patrones asocian a los varones con el trabajo manual, productivo, matemático-científico, cuyas características implican, siempre desde la mirada de los estereotipos de género, mayor racionalidad, intelectualidad y habilidad para realizar ciertas tareas¹¹, mientras que a las mujeres se las asocia más con el trabajo organizativo, estético, con base en las habilidades lingüísticas, emocionales o para el trabajo fino o liviano.

¹⁰ Es en este período que se produce la división de la matrícula en dos grandes bloques: La Educación Media Básica (EMB), y la Educación Media Superior (EMS). También existen, aunque su peso relativo es menor, la Educación Terciaria y la Formación Profesional Básica (FPB)

¹¹ Esto queda demostrando en el discurso de algunas jóvenes varones entrevistados, que sostienen que a las mujeres “no les da la cabeza” para, por ejemplo, arreglar un motor de auto.

7. Hallazgos empíricos durante el trabajo de campo

En este capítulo, en virtud de los objetivos planteados en este trabajo monográfico y del abordaje teórico previo, se procede al análisis de la información recabada en las entrevistas y el trabajo de campo, con la intención de exhibir los hallazgos empíricos.

7.1. Los motores, ¿tienen género? Percepciones sobre la presencia de mujeres en carreras tradicionalmente “masculinas”

Una de las dimensiones relevadas durante la investigación apunta a conocer la opinión de los jóvenes del grupo acerca de que si consideran que la carrera que realizan (mecánica automotriz) puede ser realizada por mujeres, en un contexto marcadamente masculinizado. En función de la conceptualización realizada acerca de los estereotipos de género y la división sexual del trabajo, se puede señalar que, si bien el peso de los estereotipos en las percepciones de los jóvenes parece matizado en el discurso preliminar, aún siguen teniendo un peso importante en la construcción de los imaginarios sobre que tareas son las esperadas para uno y otro sexo.

En general, las primeras respuestas indicaron que cualquiera puede hacer la carrera que desee, en función de sus intereses y/o preferencias. Sin embargo, no tardaron demasiado tiempo en indicar algunas objeciones respecto a las capacidades de las mujeres (utilizando algunos términos un tanto despectivos como que “no les da la mente”) tanto para estudiar esta carrera como para desempeñarse laboralmente en dicha área.

“Lo que pasa ñery es que las mujeres no usan mucho la cabeza...corte que tenés que usar la cabeza como loco ahí y si haces algo mal estás en el horno” (Agustín¹², grupo de mecánica automotriz, 17 años)

Otro de los varones entrevistado reafirma lo que dice su compañero, haciendo alusión a las dos compañeras de clase en la carrera:

“Claro, es como que no tienen mucho compromiso, a veces hacen, a veces no...a veces están con el celular y eso, claro, no es que todas las mujeres, este dice que hay mujeres que no tienen mente como para eso, porque es mucho, hay que estudiar mucho, muchas pruebas, y es un entrevero de muchas cosas” (Waldemar, grupo de mecánica automotriz, 18 años)

¹² Todos los nombres propios mencionados en el presente trabajo, corresponden a seudónimos, a los efectos de preservar el anonimato de las personas entrevistadas.

Se percibe una clara denostación y subestimación hacia la capacidad femenina en relación a la actividad relacionada con la mecánica en la declaración del mismo alumno:

“Claro, porque vos tenés que acordarte de todo, hasta de la mínima pieza, si te olvidas y la pones mal ya es una cagada...claro, eso es lo que quiere decir él, capaz para las mujeres es mucho, es mucha tranza” (Waldemar, grupo de mecánica automotriz, 18 años).

Cuando se entrevistó a las alumnas de dicho grupo, Karen y Sofía, se les preguntó acerca de su opinión sobre la carrera que están realizando actualmente. Desde el principio ambas manifestaron que se sentían cómodas cursando la carrera y que lo están haciendo porque les gusta y se sienten capacitadas, pero ambas reconocieron que, en sus círculos más íntimos, como ser la familia o los grupos de pares, habían tenido alguna objeción al respecto, lo que demuestra la fuerza que mantienen los estereotipos de género. Cuando se les preguntó si en algún momento habían sido cuestionadas por la elección de su carrera, respondieron de la siguiente forma:

“Karen: ¿¿Mecánica?? dicen, como diciendo ¿Una mujer en mecánica?

Sofía: Claro, te dicen sos mujer, ¿No te gusta hacer otra cosa?

Karen: Cocina, por ejemplo

Sofía: Claro, te tiran para cocina, peluquería, belleza... Todo el mundo piensa lo mismo...porque sos mujer ¿Cómo vas a hacer mecánica?... ¿Qué te importa por qué hago mecánica? (risas)” (Karen y Sofía, grupo de mecánica automotriz, 17 y 16 años respectivamente).

Estas declaraciones de los y las jóvenes sobre la capacidad y el rendimiento de las mujeres en esta carrera fuertemente estereotipada, nos remite a un concepto muy útil acuñado por la socióloga estadounidense Rosabeth Kanter (1977), quien realizó estudios sobre desigualdades de género en organizaciones empresariales norteamericanas. Dicha autora sostiene que cuando las mujeres son minoría en un mundo (o en este caso, en el sub mundo de la mecánica automotriz) dominado por varones, se produce una dinámica entre aquellos que son mayoría numérica y las mujeres “token” (o en su traducción al español, “mujeres símbolo”). Kanter destaca tres características principales o fenómenos que se producen con estas “mujeres símbolo”, y que son señaladas por Raquel Osborne, a saber: “a) la visibilidad: las mujeres atraen una atención desproporcionada sobre sí mismas sin proponérselo; b) la polarización: las diferencias entre las unas y los otros

son exageradas por ellos, y c) la asimilación: los atributos de la minoría se distorsionan para que encajen en las ideas preconcebidas acerca de su sexo”. (Osborne, 2005:174).

A su vez, estos fenómenos provocan algunas consecuencias en las mujeres subrepresentadas. Por ejemplo, la visibilidad genera en dichas mujeres la necesidad de mostrar la excelencia en todo momento: el superlogro, la necesidad del sobrerendimiento (mientras que es posible para un hombre “común” de la carrera alcanzar comparativamente un éxito mayor). Esto supone tener que estar siempre en la cresta de la ola, demostrando una fortaleza psíquica extraordinaria y constante, y la necesidad de adaptación a un mundo predominantemente masculino.

Respecto a la presencia de varones en carreras feminizadas, también se desprende del discurso de los y las adolescentes resistencias acerca de su presencia en las mismas, y las connotaciones que esto puede llegar a tener, en función de que sigue estando presente en el imaginario la idea sobre que si un varón realiza una carrera feminizada no está cumpliendo con los mandatos impuestos por la masculinidad hegemónica.

Cuando se indagó al grupo de mecánica automotriz sobre la presencia de varones en carreras “no tradicionales” para su género, se registraron referencias a la orientación sexual de quienes eligen esas carreras.¹³

El discurso que se percibe de los alumnos que realizan la carrera de belleza capilar no varía sustancialmente de los de mecánica en este aspecto. Si bien ellos mismos reconocen que es una carrera feminizada, y que la elección de la misma fue por intereses personales y no les importa lo que les puedan decir, no tardan demasiado en admitir que en algún momento fueron objeto de cuestionamiento, tanto en su familia como en sus grupos de pares. El papel de los estereotipos de género y de la vinculación de la carrera de belleza capilar con lo femenino, también se registra en el discurso de los otros alumnos de dicha carrera. Los cuestionamientos recibidos y mandatos sociales acerca de la elección de una carrera tradicionalmente vinculada con las mujeres, hacen despertar sospechas en su entorno acerca del cumplimiento de los mandatos de la masculinidad hegemónica:

¹³ Uno de los alumnos entrevistados deslizó en uno de los encuentros, que a los varones que estudian carreras no tradicionales para su género, “les gusta agarrar el peine”, como metáfora sobre la homosexualidad de quienes optan por la carrera de peluquería.

“En mi barrio, a la vuelta de la esquina, hay un peluquero que atiende a mujeres y a hombres, y mucha gente lo toma como gay, hay discriminación” (Marco, grupo de belleza capilar, 15 años)

Nuevamente aparece la referencia a la orientación sexual cuando se habla de carreras no tradicionalmente masculinas. Los hombres permanentemente están a prueba y deben demostrar que no son homosexuales ni “nenitas”, más aún cuando la elección de su carrera no se enmarca en las preferencias tradicionales de los varones según la masculinidad hegemónica.

7.2. El reparto de las tareas del hogar y el peso del mandato “proveedor” para los varones: ¿Nuevas miradas o reproducción de los estereotipos tradicionales?

El sistema sexo-género constituye un conjunto de formas y patrones de relacionamiento social y prácticas asociadas a la vida cotidiana, que definen cuáles son las conductas masculinas y femeninas adecuadas. El modo en que se distribuyen las tareas del denominado trabajo “no remunerado” (es decir, aquel que no se realiza para el mercado o que no es asalariado) está determinado por las estructuras de poder distribuidas de forma inequitativa entre varones y mujeres, y que establecen relaciones basadas en la desigualdad.

Los antecedentes de estudios sobre uso del tiempo, género y juventud en nuestro país, marcan fuertes brechas entre los y las jóvenes en el trabajo remunerado y los cuidados infantiles, sobre todo en los jóvenes del tramo etario de 20 a 29 años. Y esto se pauta con más énfasis en las clases socioeconómicas más bajas, como destacan Ferrari y Scavino sobre los datos arrojados por la encuesta sobre uso del tiempo y trabajo no remunerado, realizada en Uruguay, en el año 2013: “Se detecta que, a menor nivel socioeconómico, mayor reproducción de los roles de género tradicionales, y a mayor nivel socioeconómico, mayor apertura y democratización de estos roles entre varones y mujeres” (Ferrari y Scavino, 2015:204).

Otra de las dimensiones relevadas durante el proceso de investigación fue la relativa a las tareas propias del trabajo no remunerado (tareas domésticas y de cuidado de personas dependientes), en función de los estereotipos de género y su relación con el proceso de construcción de la identidad masculina. Cuando le preguntamos a los

varones su opinión acerca del reparto de las tareas del hogar y los roles de género en cuanto al trabajo remunerado y no remunerado, encontramos en su discurso una presencia aún muy fuerte del mandato social que impone a los varones el hecho de ser el “sostén” y el proveedor económico principal en las familias, lo que queda reflejado en el siguiente discurso:

“David: Eso sí, obvio, si el día de mañana tenés hijos y tenés que laburar.

Raúl: Tenés que comprarte tus cosas, tener tu casa o algo, vestirse vos, no vas a esperar a que la mujer te vista...

David: A la mujer generalmente la mantiene un hombre o algo así...

Nacho: Yo trabajo desde los 13 años, por un tema que pasó en la infancia tuve que trabajar, y ya sé que es eso, y ahora no trabajo por el tema de la mano, pero volví a trabajar con mi padre, pero ya sé que el día que me toque mantener una familia lo voy a hacer, o sea a mi familia la mantengo yo, esa es la mentalidad que me dieron a mí, trabajar para tu familia, no para vos.” (David, Raúl y Nacho, grupo de mecánica automotriz, 16, 17 y 17 años respectivamente)

De estas palabras, podemos subrayar algunos elementos muy interesantes que marcan las trayectorias de estos jóvenes respecto a la consolidación de sus identidades masculinas: un primer aspecto, es el hecho de que consideran que debe ser el varón quien debe constituirse como el principal proveedor económico a la hora de constituir una familia. Los/as hijos/as, cuando lleguen, deben tener las condiciones materiales aseguradas por su padre. Y el varón además de llevar el pan al hogar, debe asegurar su propio bienestar, su propia seguridad material (*“no vas a esperar a que la mujer te vista”*, nos decía uno de los alumnos con total convicción).

El ejercicio temprano de las actividades laborales también se hace presente en el discurso de estos jóvenes. Es un elemento común en estos varones el hecho de su vinculación temprana con las tareas del trabajo remunerado. En una investigación realizada en Argentina sobre pobreza y masculinidad, Gabriela Rotondi aseguraba que “El trabajo temprano, como actividad central en la vida del varón urbano marginal imprime rasgos contundentes, marca sus trayectorias individuales y familiares desde una posición de proveedor de bienes y/o servicios a la unidad doméstica.” (Rotondi, 2000: 60-61).

El mandato proveedor para los varones sigue estando firme, y se justifica su presencia en las labores domésticas siempre y cuando haya dificultades para conseguir un trabajo

remunerado. Las mujeres, deben hacerse cargo del trabajo no remunerado, aunque no se percibe un cuestionamiento a la raíz cultural de los estereotipos de género, la mujer es y ha sido preparada para ocuparse de las labores de la casa. Se percibe en el discurso de los varones una fuerte convicción acerca de que a las mujeres les “gusta” limpiar y ser más ordenadas, dando lugar así a una naturalización de los estereotipos de género a través de la reproducción cultural de los mismos.

Cuando se indagó a los jóvenes sobre las funciones de lo que se conoce como “rol reproductivo”, se observan algunas cuestiones interesantes que, a priori, pueden hacer pensar que el discurso y la práctica pueden estar convergiendo hacia formas más equitativas de reparto de las tareas domésticas y de cuidado entre varones y mujeres. Como señalan Mendes Diz y Schwarz (2012) “las tareas asociadas a la parentalidad han representado históricamente uno de los espacios más significativos de reproducción y legitimación del orden androcéntrico, asociando a la mujer con la crianza y el cuidado de la progenie, y al varón, con el rol de proveedor y protector de esta” (Mendes Diz y Schwarz, 2012:133).

A la hora de hablar de paternidad con los jóvenes varones entrevistados, se percibe en el discurso la persistencia de una fuerte creencia acerca del rol proveedor del varón en la familia: para hacerse cargo de un hijo/a, hay que asumir ciertas responsabilidades, relacionadas al acceso al mercado laboral, para brindarle a los/as hijos/as seguridades materiales que según declararon, muchos de ellos no tuvieron cuando pequeños.

De todas maneras, cabe destacar que alguno de los jóvenes hizo hincapié en que, para ejercer el rol de padre, hace falta cierta madurez y responsabilidad, de la cual la mayoría de ellos carecen. Por ejemplo, Waldemar nos decía lo siguiente:

“Y nada, es otra responsabilidad...capaz a nosotros nos gusta salir a bailar, joder y todo, no digo que siendo padre no puedas salir a bailar, pero tenés otra responsabilidad, de salir a romperte el lomo a laburar” (Waldemar, grupo de mecánica automotriz, 18 años)

Asimismo, se hace presente en el discurso la responsabilidad “afectiva” del varón, es decir, el compromiso que debe tener con sus hijos/as desde lo emocional y en la transmisión de “valores” (educarlo para convertirse en buena persona), lo que de alguna forma fue percibido por algunos de ellos como una carencia en su historia de vida. Estas fueron algunas de las respuestas de los alumnos varones del grupo de belleza capilar:

“Claro, exactamente, de dar cariño, yo qué sé” (Marco, grupo de belleza capilar, 15 años)

“Educarlo bien, que salga buena persona también” (Agustín, grupo de belleza capilar, 14 años)

“Claro, educarlo, a tu hijo no le vas a dar vino, cerveza, no lo vas a mandar a buscar una cerveza, y a tu hermano no le vas a mostrar un fierro desde pequeño, ¿Sacas?” (Marco, grupo de belleza capilar, 15 años)

7.3. El término “Puto” y sus connotaciones: Si está todo bien, si está todo mal

La homosexualidad, como antítesis de la masculinidad hegemónica, fue un asunto que salió a la luz con mucha frecuencia en las entrevistas realizadas. Olavarría (2005), reafirma que es en la etapa de la adolescencia y de la juventud cuando los varones tienen que demostrar permanentemente que ya no son niños ni “mujercitas” y donde la masculinidad hegemónica adquiere su expresión más desenfadada y a veces brutal de lo que es ser “hombre”.

En esta etapa de pruebas y de los ritos de iniciación es donde se produce la internalización de lo “masculino” para los jóvenes y adolescentes, y se fortalece la homofobia, el sexismo y el heterosexismo, generalmente “ejerciendo violencia sobre aquellos/as que “la naturaleza” ha resuelto que son inferiores, débiles, pasivos, afeminados. Es el momento de demostrar que los varones son verdaderamente hombres” (Olavarría, 2005:53).

Por su parte Luis Bonino (2003), expresa que la masculinidad hegemónica propicia miedos anulantes en los varones, que no pueden reconocerse ni hablarse como tales y que encierran al hombre en el silencio, la vergüenza y la apariencia. Miedos relativos a la pérdida de poder, a “feminizarse”, al juicio de los otros hombres, al acercamiento afectivo entre ellos, al ridículo, a sentir dolor, fracasar, etc. La propia estructura de la masculinidad hegemónica provoca también conflicto con otras esferas de lo humano, y termina expresándose en la obligación de la supresión de los deseos homoafectivos u homoeróticos, transformándolos en homofobia.

Centrándose en diversos estudios sobre la masculinidad, el mexicano Salvador Cruz Sierra (2002) sostiene que la homofobia es entendida “no sólo como el temor, la

ansiedad, el miedo al homoerotismo, el miedo hacia el deseo y placer erótico con personas del mismo sexo, sino que representa el miedo a perder poder, y más aún, a ser objeto de poder. La homofobia es la práctica socialmente regulada y avalada, que permite expresar ese miedo y ansiedad con violencia” (Cruz Sierra, 2002:13).

En una de las primeras entrevistas realizadas con los varones de la carrera de mecánica automotriz, una de las preguntas apuntaba a conocer sus opiniones acerca de lo que significa ser “hombres” para ellos. La primera respuesta nos da la pauta, en función de la categorización teórica que se ha efectuado, de que existe un fuerte vínculo entre la construcción de la masculinidad en contraposición a lo que es de naturaleza “femenina”. Según lo declarado por uno de los alumnos, luego de que uno de sus compañeros nos dijera que no sabía el motivo por el cual muchas veces ellos mismos dicen que hay que “hacerse hombre”:

“Porque sos una mina (risas)... si no lo haces, sos puto” (Kevin, grupo de mecánica automotriz, 17 años)

La construcción de masculinidad, como vemos aquí, implica asumir la heterosexualidad como una situación natural y cuasi obligatoria, y al mismo tiempo adoptar un estado de “vigilia” permanente para rechazar todo aquello que atente contra dicha heterosexualidad o (al menos) la ponga en entredicho. De este modo, las constantes demostraciones que deben llevar a cabo los varones para demostrar su virilidad y su condición de varones portadores de los estándares de la masculinidad hegemónica, como por ejemplo el consumo de drogas, alcohol y otros rituales de iniciación que fueron abordados en las entrevistas realizadas, tienen muchas veces como objetivo el no hacerse merecedores del calificativo “puto”.

Pero también llama la atención otra de las acepciones que los alumnos le otorgan a dicho término, y que repetidamente fue mencionado por ellos durante las entrevistas efectuadas: se llaman “puto” entre quiénes tiene cierta afinidad de una forma “amistosa”, o como parte de un código comunicacional, aclarando en todos los casos que para que eso sea posible deben existir algunos requisitos, como la confianza y que “esté todo bien” entre ellos. El siguiente diálogo refleja lo anteriormente descripto:

“Agustín: Si...pero eso corte que te lo dicen, ellos parece que te hablan bien, pero los profesores piensan que ta, que tenés que cambiar esa actitud, te dicen puto y

todas esas manos, pero en una bien, no te lo tenés que tomar a mal, pero es corte una palabra más rápida de sacar...

Entrevistador: Bueno, vos decís que le decís puto a alguien, a un compañero o conocido, pero vos no lo estás insultando...

Agustín: Como quien dice no, para algunos no...

Waldemar: Hay veces que vos decís puto en términos, no sé, de no descansarlo¹⁴ ni putearlo, así...como una comunicación...

Kevin: Pero vos le decís puto a una persona con la que vos te das, porque no le vas a decir a uno que no conoces puto porque ahí es otra cosa...

Waldemar: Es como un trato de confianza..." (Agustín, Kevin y Waldemar, grupo de mecánica automotriz, 17, 17 y 18 años respectivamente)

Lo que se desprende de estas palabras es la aceptación tácita de que, cuando existe confianza entre pares, el "puto" ya no es un insulto (o los alumnos no le otorgan esa connotación), y se convierte en una especie de código comunicacional, una forma de pertenencia lingüística. Como lo expresa César Azamar, de este insulto "han devenido saludos, expresión de amistad, formas de complicidad y aprobación, que aparentemente han desterrado de su significado la carga injuriosa que dichas palabras poseen en nuestro vocabulario" (Azamar, 2015: 477).

No obstante, señala este mismo autor, el intento de desconocer el sentido de la expresión o de suavizarlo en un contexto de camaradería, no anula su significado ni lo que este produce en quien lo recibe, por lo que Azamar advierte que se trata de un "ejercicio de violencia", por lo que puede considerarse a este insulto como una forma de violencia verbal que deviene una manifestación de violencia de género, que tiene como finalidad remarcar una diferencia (de sexo, de género o de sexualidad, en estos casos) entre quien emite el insulto y quien lo recibe. "Puto" es todo aquel que no profesa los valores de la heterosexualidad normativa (o de la masculinidad hegemónica), la que establece un pensamiento heterosexual que gobierna todos los ámbitos de la experiencia humana.

En casi la mayoría de los discursos de los varones entrevistados, la reafirmación heterosexual emerge como componente icónico de la masculinidad hegemónica: la

¹⁴ En términos del lenguaje utilizado por estos jóvenes, "descansar" significa tomar el pelo, burlarse o divertirse a costas de otra persona.

homosexualidad se convierte en una referencia (negativa) para los hombres, no solo como desviación de la norma, sino también como reforzamiento de su identidad como varones.

7.4. Si no te peleas, sos cagón: el imaginario de la reafirmación masculina a través del uso de la violencia física

Uno de los rasgos más notorios en el discurso de estos jóvenes, es que recurren a la pelea o la violencia física en determinados casos. Se mencionó en más de una oportunidad que esto se produce cuando son mirados “mal”, o para que no sean tildados de “cagones”. Para ser hombre, para ser viril, no se pueden mostrar signos de debilidad, hay que estar pronto para combatir, para pelear, cada vez que alguna situación ponga en entredicho o amenace su performatividad masculina.

Natalia Luraschi (2015), en una investigación realizada con varones y mujeres sobre la construcción de sus identidades de género en un liceo de Montevideo, señala lo siguiente: “La posibilidad de “hacerse” el malo...habla de esta impronta performativa que propone la socialización de género, como estrategias de inteligibilidad social” (Luraschi, 2015:105).

Por su parte Viscardi (2002, 2008), en su análisis sobre la violencia en el espacio escolar en Montevideo, remarca las dificultades para socializar entre los y las jóvenes, en el marco de las pautas y valores que los centros educativos pretenden impartir. Los hechos que surgen pueden ser agrupados en el eje de lo que la autora denomina “socialización violenta” entre los jóvenes, que deriva en la resolución de los conflictos a través del uso de la violencia física o verbal¹⁵.

El respeto y el no dejarse pasar por arriba forman parte del imaginario de estos varones, que no ven otra opción para mantener determinado status que apelar a la violencia física, aunque reconozcan que no está bien.

“Nahuel: Si, creo que el respeto se basa más en eso, en que si te mira mal tenés que arreglar los problemas, yo por lo que veo ahora nadie me miro mal ni nada,

¹⁵ Esta socialización violenta también implica aprendizajes y estrategias de defensa, ya sea por la interiorización de una actitud de violencia hacia los pares, sea por un distanciamiento y retiro al interior del recinto escolar. En estos rituales, comenta Viscardi, la violencia absorbe desde el juego violento cotidiano, el juego de las miradas y las provocaciones, hasta la explosión de conflictos serios (en la que interfieren de manera confusa tanto problemas dentro de los recintos educativos como problemas vecinales), que ocasionalmente pueden terminar con incursiones a establecimientos policiales.

tampoco busco el lío, pero si alguien me mira mal, yo tampoco voy a agachar la mirada con nadie” (Nahuel, grupo de belleza capilar, 16 años)

“Waldemar: Horrible profe, horrible...pero eso va más de eso, tipo una impulsión (sic) entre los hombres, tipo que se miran de vivo y todo eso, entonces eso es lo que genera que se peleen y esas cosas, eso es lo que yo opino, hay algunos que se quieren hacer los más hombres que los otros, y ya ahora miras a uno de vivo y ta, me estás mirando mal y vamos a pelear” (Waldemar, grupo de mecánica automotriz, 18 años)

Tenenbaum, Viscardi et al (2021) sostienen que los varones jóvenes pertenecientes en su mayoría a barrios populares de Montevideo, buscan también a partir del uso de la violencia y el “hacerse valer”, un reconocimiento social y simbólico que no pueden obtener en el orden de la conformidad social, en función de su rechazo y expulsión del sistema educativo, la desacreditación adulto céntrica y la desintegración del mercado formal de consumo de bienes.

Los autores traen el concepto de “cultura del cazador”, para dar cuenta de un tipo de masculinidad (viril) que para consolidarse busca dominar, someter y eliminar a los “otros”, es decir a toda aquella persona o grupo que amenace su respeto y honor. Como se pudo detectar en los discursos de los varones entrevistados (quienes en gran medida residen en los barrios con mayores porcentajes de homicidios de varones jóvenes en Montevideo), la relevancia del respeto y el honor está muy presente en sus vidas cotidianas, desde las “malas miradas”, los insultos, y hasta en el riesgo de vida que saben que corren, al estar inmersos en contextos donde la criminalidad y la vulnerabilidad son moneda corriente. Este tipo de masculinidad viril que encarnan buena parte los varones de clases populares, termina completando su sentido en las relaciones de poder, en tanto se ejerce mediante el uso de la fuerza física, la utilización de las energías para el sometimiento del otro, el vencer en la competencia, etc.

Por otro lado, la visión que tienen estos jóvenes sobre las peleas entre mujeres está basada en la figura del varón. En este imaginario, es la figura masculina la que se erige como objeto de deseo y de disputa para las mujeres, aunque también entran en juego otros estereotipos vinculados a la feminidad como el rencor y el no hablar las cosas directamente, cosa que sí tienen que hacer los varones para sentirse como tales.

7.5. A las mujeres, ¿les gusta que les peguen? Percepciones sobre violencia de género

Cuando se indagó acerca de las percepciones de los alumnos respecto de la temática de la violencia de género, muchos de ellos identificaron que ciertos comportamientos violentos de los hombres hacia las mujeres tienen su origen en una sociedad machista, que no tolera la insumisión femenina (*“la mujer lo caga al hombre, entonces queda re quemado”* expresaba uno de los alumnos), en función de la carga simbólica que asume la dominación masculina. También se reafirmó el pensamiento de que en el trasfondo de la violencia hacia la mujer se encuentra presente el factor socializante de género, en relación al estereotipo de la masculinidad hegemónica de la fuerza del varón (en contraposición de la “debilidad” femenina), como componente de las relaciones de poder desiguales entre varones y mujeres.

En el momento de las entrevistas, se les mencionó a los alumnos y alumnas algunas frases y afirmaciones para que declararan si estaban de acuerdo o en desacuerdo, lo que generó insumos muy interesantes para entender el rol de la violencia y su relación con la construcción de la identidad masculina.

Resultó muy reveladora la siguiente declaración de uno de los alumnos, cuando se le preguntó qué opinaba acerca de la violencia doméstica:

“Ella te caga o te mete los cuernos, pero vos a ella la querés mucho, no podés soportar que esté con otro que no seas vos, entonces eso te lleva a cometer alguna locura, por así decirlo, porque te levantas un día re enojado y no pensás lo que haces, y vas a agarrar un arma, y le tirás un tiro y pacate, decís si no sos mía, no sos de nadie. Y después te arrepentís para toda tu vida, pero son cosas que llega uno a hacer, pero cuando ya hay muchos problemas, el límite.” (Cristian, grupo de mecánica automotriz, 18 años)

En el discurso de este alumno entonces observamos como sigue operando la dominación masculina a partir del eje de la posesión de la mujer. Aunque luego se menciona el arrepentimiento a dichas acciones, se establece claramente que la mujer sigue siendo vista como objeto de posesión para los varones, la cual debe asegurarle fidelidad y en caso de “traición” se justifica el uso de la violencia, aunque en el discurso se deje entrever que es el resultado de una emoción desmedida.

Esta realidad, según Fernández Llebrez, expresa “una notoria incapacidad de estos hombres para resolver los conflictos con los que se encuentran y generan a través de la negociación, el acuerdo, el dialogo, la empatía” (Fernández Llebrez, 2005: 7). Respecto a otra afirmación que se hizo en las entrevistas, relativa a que sí las mujeres no se iban de su hogar en caso de estar viviendo una situación de violencia, era por el hecho de que no les disgustaba tanto, las respuestas de los varones resultaron mucho más contundentes que las de las mujeres. Por ejemplo, los varones del grupo de mecánica sostuvieron lo siguiente:

“Les gusta ser maltratadas, yo qué sé...si no te vas, claro les gusta, yo qué sé, para mí que les gusta, si no se va...si pibes hay pila, pibes hay un montón” (Kevin, grupo de mecánica automotriz, 17 años)

“Si se queda es porque les gustó, si no te vas” (Elías, grupo de mecánica automotriz, 16 años)

“Si se queda es porque quiere que le sigan pegando...si nadie está amarrado a nada, cada uno es a la manera que quiere y se puede ir cuando quiere” (Alexander, grupo de mecánica automotriz, 17 años)

Sin embargo, en el discurso femenino aparecen otras dimensiones que no se registran en el discurso de los varones: el miedo, el temor, el saber que se está en una situación de riesgo y no saber bien cómo actuar ante la misma. Tal como menciona la psicóloga Lenore Walker (1979) muchas mujeres que atraviesan una situación de violencia, ingresan en lo que la autora denomina “ciclo o espiral de la violencia”¹⁶. Este ciclo es útil para explicar cómo las mujeres caen dentro del comportamiento de invalidez aprendida y por qué en muchas ocasiones no intentan escapar de estas situaciones de violencia.

Muchas de las mujeres que se encuentran en situación de violencia, tienen incorporado los valores tradicionales acerca de la permanencia del amor y el matrimonio, lo que genera culpa al pensar en cortar el vínculo. La mujer, dada la construcción histórica de lo que ha significado ser mujer, responde al mandato de cuidadora, de prestar ayuda.

¹⁶ Según Walker, se pueden identificar 3 fases del ciclo o espiral de violencia: 1) fase de acumulación o construcción de tensión 2) fase de agresión y 3) fase de arrepentimiento o luna de miel. Todas estas fases pueden variar en tiempo e intensidad.

En conclusión, en los discursos de las adolescentes entrevistadas se percibe que existe conciencia sobre el fenómeno de vulnerabilidad que atraviesan las mujeres que viven situaciones de violencia basada en género.

7.6. Identidad(es): el barrio, la idealización de la figura del “narco” y la música

Como anteriormente examinamos con Alba Zaluar, en virtud de las dificultades que encuentran los jóvenes en este mundo globalizado para conseguir empleos formales, muchos de ellos se vuelven vulnerables a las atracciones del crimen-negocio. Viscardi (2021), en un estudio con adolescentes infractores/as privados/as de libertad, hace referencia a cómo el tráfico de drogas, sobre todo en familias pertenecientes a clases sociales postergadas, se convierte en una actividad económica más eficaz que el mercado formal de trabajo (más allá de los riesgos que conlleva), que no brinda para estos/as jóvenes y sus familias oportunidades reales de acceso a una remuneración mínima.

En las entrevistas con los adolescentes surgió el tema del narcotráfico y toda la simbología que envuelve a ese mundo, que estos jóvenes parecen conocer de cerca: no se vislumbra en su discurso que integren alguna banda que se dedique al comercio ilegal de la droga, pero sí lo viven en su cotidianidad, y puede detectarse en su discurso un alto grado de idealización acerca de la actividad del “narco”, y de los beneficios que reporta la misma:

“Lo que pasa que para ser narco también...tenés que tener tremenda cabeza, tenés que ser inteligente, tenés que saber muchas cosas. Algunos piensan que es nomás vender droga y nada...Pero no, es tener contactos, tenés que saber hasta matemática, imagináte...eso es lo que lleva a los delincuentes, a querer estar con ese narco para ser chorro y esas cosas, y es como que quieren estar en un privilegio, ¿Entendés? Que ya después te pido ayuda y ta, me das ayuda porque yo estaba robando para vos, maté gente para vos, y todas esas cosas así...y ta, y a veces quedan como un perro también, porque lo agarran de perro, y si, es verdad...”
(Waldemar, grupo de mecánica automotriz, 18 años)

Convertirse en “narco”, según la mirada de este alumno, tiene implicaciones no solamente desde una lógica puramente mercantil, en la que se necesita preparación y conocimientos para ser exitoso (contactos, saber matemática, etc.), sino también desde

un punto de vista relativo al status que confiere el estar cerca del “narco”. No obstante, se mencionan los riesgos que ello conlleva (que te agarren de “perro”¹⁷, es decir, el ejercicio de una autoridad abusiva en términos de cumplir ciertos roles dentro de la organización delictiva).

Durante las entrevistas con los adolescentes, su cercanía al mundo del narcotráfico y de la violencia delictiva con resultado de muerte fue uno de los tópicos que surgió casi espontáneamente de las conversaciones. Uno de los alumnos compartió el relato de una experiencia traumática con alguien muy cercano a su entorno:

“Agustín: Mi primo necesitaba ayuda, y yo no le di la ayuda y lo mataron, no les dije a mis tíos que estaba en la droga y eso, y lo mataron, el año pasado. Fue a robar y era policía.

Entrevistador: ¿Pero él te pidió ayuda a vos?

Agustín: Me pidió ayuda sí, y ta, un poco se la di... Yo le di la ayuda hasta donde yo podía

Entrevistador: Y después sentiste que no podías darle más

Agustín: y ta, ahí lo mataron, y no pude ni ir al funeral, nada, me quedé con las ganas todavía” (Agustín, grupo de belleza capilar, 14 años)

Lo que refleja este discurso, y en consonancia con lo anteriormente expuesto, es el modo en que las condiciones de vida urbanas actuales marcan el contexto social en que tienen lugar la mayoría de las muertes de jóvenes; en el caso que relataba el alumno, en el marco de una situación referida al consumo de drogas y algún enfrentamiento del que no dio mayores detalles.

Briceño León (2002), señala que los brotes de violencia criminal y homicida en América Latina parecen tener un sesgo de género, lo que se explica en buena medida por la cultura de la masculinidad. Esta cultura obliga a los hombres a la confrontación y hace que los efectos protectores que podrían tener las conductas de evitación de los conflictos no sean adoptadas por los varones de la región, en el entendido de que son consideradas como rasgos de identidad femenina.

¹⁷ Tenenbaum et al (2021) señalan una división entre los grupos delictivos o de tráfico de drogas: Los “poronga”, “machos alfa” o “gorilas” por un lado, y los “perros” o “cuerditas” por otro. Los primeros generalmente son jóvenes de más edad con contactos y herramientas (motos y armas, por ejemplo). Los segundos, son jóvenes varones de menor edad, que brindan asistencia al macho alfa y se enfrentan más a menudo a situaciones de riesgo, lo que por otro lado puede analizarse como un sondeo de su masculinidad y fidelidad al grupo.

Tenenbaum et al (2021) sostienen que, para abordar estas violencias y el tráfico de drogas ilegales, se hace indispensable una lectura de género y de generaciones. Estos jóvenes varones, que viven de cerca el mundo del tráfico de drogas, ya sea desde el lugar del consumidor o desde su participación en las organizaciones delictivas, muchas veces arriesgan su vida porque desean vivir una existencia con dignidad, integrarse a la sociedad de consumo, ser respetados en su comunidad u obtener el reconocimiento que no logran en la educación y el trabajo. Como señalan Viscardi y Tenenbaum, “ante privaciones de todo tipo, la violencia en el orden patriarcal es el medio que tienen a mano los jóvenes varones para hacerse respetar en medio del rechazo social sistemático” (Viscardi y Tenenbaum, 2023:8).

Otra de las dimensiones que surgieron durante la investigación fue el “consumo” musical de los jóvenes entrevistados. Una de las entrevistas realizadas con dos alumnos del grupo de mecánica automotriz, comienza con uno de ellos cantando una canción del género “Trap”. Según consigna un artículo periodístico del diario colombiano “Semana”: “Trap fue el nombre que se le dio a la mezcla de sonidos derivados del hip hop y la electrónica (...). Las letras no tratan de dar ningún mensaje, solamente narran de forma explícita historias de lo que viven algunas personas en guetos, como el tráfico de drogas, riñas, armas, sexo, fiestas, excesos, dinero, marginalidad y decadencia.” (Nota publicada en “Semana”, 16 de diciembre de 2016).

Luis Mora (2017) señala que el “Trap”, en su versión latina, tiene un auge muy reciente y que presenta ciertas particularidades, como el uso de un lenguaje directo, explícito y chocante, que genera una discusión en el desarrollo de la equidad de género.

Durante una de las entrevistas en las que se abordó el tema del “Trap”, los alumnos me sugirieron escuchar algunas canciones de dicho género, para luego analizarlas juntos. Todos los alumnos consultados coinciden en que el “Trap” habla de lo que sucede en la realidad, en el barrio donde se forjan sus personalidades (y se hacen “hombres”), en la vida, pero en la vida de los jóvenes de las clases sociales menos favorecidas, o jóvenes que no gozan de moratoria social, referenciando a Margulis (2008). Los alumnos entrevistados lo expresaban así:

“Porque te dice toda la realidad, porque esas canciones son realidad, lo que pasa ahora en el mundo. Putas, drogas, plata, todo eso...mafia, hay gente que no le gusta porque hay canciones que son degeneradas y esas cosas, es la realidad” (Waldemar, grupo de mecánica automotriz, 18 años)

“Te habla de lo que pasa en la calle, en todos lados, por todos lados es así...según en donde sea también, porque no vas a comparar un barrio bajo con un barrio donde hay gente con plata. Ahí los cuida más la policía y todo, en otros barrios pobres se tienen que mantener como puedan” (Alexander, grupo de mecánica automotriz, 17 años)

Para los alumnos entrevistados, este género musical tiene un rotundo éxito entre los jóvenes ya que refleja una subcultura de la que ellos se sienten parte. Son los varones jóvenes, en su mayoría de contextos socioeconómicos bajos, los que se identifican con las letras del “Trap”: Jóvenes que en muchas ocasiones ven en el narcotráfico una fuente de ingresos que les permita obtener un nivel de vida un poco mejor y que no encuentran en el mercado laboral formal. Las letras del “Trap” han sido cuestionadas duramente por sus referencias explícitas y su contenido sexista. Varios de los alumnos consultados respecto al tema hicieron hincapié que en la mayoría de las letras se denigra y cosifica a la mujer. No obstante, se generaron algunas discrepancias respecto a este asunto, debido a que en algunas ocasiones se alega que las mujeres son las que permiten que se las trate de esa forma.

8. Reflexiones finales

A lo largo de esta investigación se ha intentado examinar, como parte de los objetivos generales y específicos del trabajo, la forma en que los varones adolescentes construyen sus identidades de género en un centro de ETP en la ciudad de Montevideo, e indagar si se reproducen, legitiman o resignifican las conductas predominantes de la masculinidad hegemónica. Los hallazgos presentados dan cuenta de algunas particularidades en el discurso de estos (y estas) jóvenes, dado el contexto que estamos atravesando, donde cada vez toma más impulso y notoriedad pública las problemáticas planteadas al inicio de esta investigación sobre género, educación, juventud y violencia.

Asimismo, se planteó como hipótesis que los varones aún siguen afirmando en sus prácticas y discursos cotidianos, un modelo de masculinidad que se denomina “hegemónico”, en el entendido de que se trata de un modelo “esperado” de ser varón y que connota ciertas expectativas (éxito, poder, asunción de riesgos, ostentación heterosexual, homofobia, supresión de las emociones, agresividad, violencia), en oposición al mundo de las mujeres y a aquellos varones que no “adhieren” al modelo de masculinidad hegemónica.

En primer lugar, se abordó el tema de los estereotipos de género y las carreras masculinizadas y feminizadas, desde la óptica de la división sexual del trabajo y desde el discurso de los y las adolescentes que se entrevistaron. Partimos de la premisa que el género puede entenderse desde la performatividad, como lo expresa Judith Butler en gran parte de su producción teórica. Como ya se ha expuesto, Butler entiende el género como un fenómeno que se expresa y se construye socialmente a través de performances: actos sociales, lingüísticos y corporales que evocan supuestas esencias masculino-femeninas.

Volviendo al análisis sobre los estereotipos de género y su vínculo, no solo con las carreras que estudian los y las adolescentes en el centro de ETP, sino también con las actividades que diariamente desempeñan varones y mujeres en su vida cotidiana, encontramos en los discursos de los/as jóvenes elementos muy interesantes para los propósitos del análisis. Los estereotipos de género provocan “una percepción interiorizada que orienta y guía tanto la representación de la realidad como las acciones, pensamientos y comportamientos de los sujetos” (Colás Bravo, 2007:38). Estas

representaciones culturales limitan los comportamientos tanto de las mujeres como de los varones, así como también pueden determinar los roles que unos y otras desempeñen a lo largo de sus trayectorias vitales.

Notoriamente existe una concepción por parte de los varones acerca de que la carrera de mecánica automotriz, tradicionalmente asociada con el mundo “masculino”, no es la orientación más apropiada para las mujeres, aunque se sostenga un discurso políticamente correcto sobre la posibilidad de que una mujer adolescente puede “elegir la carrera que más le guste”. Al tratarse de una labor asociada culturalmente con la fuerza física, destreza manual y concentración, en el discurso de la mayoría de los varones se reflejan ciertos mandatos de la masculinidad hegemónica tal como se ha planteado a lo largo de este trabajo.

Desde la visión de la masculinidad y el mundo del trabajo manual que nos aporta Paul Willis, se puede sostener que éstos jóvenes varones, la mayoría de ellos provenientes de sectores populares de la ciudad de Montevideo y zonas aledañas, desarrollan una cultura contraescolar, siendo uno de los pilares fundamentales de la misma la construcción de un estilo de masculinidad asociada a la superioridad social de los varones sobre las mujeres. Como se sostuvo en el apartado de los antecedentes teóricos de esta investigación, el trabajo manual reviste ciertas cualidades “necesarias” para todo varón que se precie de tal, a partir de la rudeza del trabajo y la condición viril del esfuerzo necesario para llevar a cabo dichas labores, lo que se contrapone (siempre según el discurso de los jóvenes entrevistados) a las tareas u oficios que se aprenden en dicho centro ETP, asociados culturalmente con lo “femenino”, a saber, belleza capilar. En más de una ocasión, se hizo referencia por parte de los alumnos del grupo de mecánica automotriz, a que los varones que eligen carreras como belleza capilar no encajan en los cánones de masculinidad hegemónica.

También se detecta que en la actualidad sigue teniendo un peso importante en el discurso de estos jóvenes varones estudiantes la ejecución del rol “proveedor”, uno de los pilares de la masculinidad hegemónica. Como se registra en más de un pasaje de las entrevistas, uno de los requisitos fundamentales que aparece en el discurso de los varones a la hora de convertirse en padres, es poder darles “todo” (desde el punto de vista material, pero también afectivo) a sus hijos e hijas. En la mayoría de los discursos de estos varones adolescentes, se percibe una temprana vinculación con el mundo del

trabajo remunerado (casi siempre en condiciones precarias y desde la informalidad), lo que ya ha sido estudiado en varias investigaciones que apuntan a la relación entre masculinidad y pobreza (Rotondi, 2000). El mandato social del varón proveedor y su salvaguarda sobre sus familias, es una figura icónica que está presente en los discursos y representaciones de estos varones adolescentes, que consideran que el ejercicio exclusivo de las tareas del trabajo no remunerado para ellos solo es justificable ante la ausencia de un empleo remunerado.

Las mujeres, en virtud de lo ya expuesto sobre los estereotipos de género, han sido preparadas para ejecutar el trabajo no remunerado (el cuidado de personas dependientes y las tareas domésticas del hogar), por lo que a partir de las respuestas de muchos varones ante estos temas se percibe una idea de “naturalización” sobre la capacidad “innata” de la mujer para ejecutar dichas tareas.

La homosexualidad fue otro de los tópicos abordados en las entrevistas realizadas con los adolescentes. El debate social en los últimos años sobre la diversidad sexual ha ganado peso y notoriedad en la opinión pública y los medios de comunicación. Diversas organizaciones (sociales, políticas, religiosas, etc.), han alzado su voz en estos años (en un espectro amplio donde encontramos desde posturas liberales hasta las posiciones más conservadoras), y la legislación nacional ha avanzado considerablemente en las últimas décadas en la consagración de estos derechos.¹⁸

Durante las entrevistas, uno de los hallazgos (quizás no tan sorprendentes) fue la reafirmación heterosexual que realizan permanentemente los varones en su discurso, frente a la siempre latente “amenaza” de la homosexualidad. Estos jóvenes se encuentran atravesando una etapa en la que tienen que demostrar, más que nunca, que no son “mujeres, niños, ni gays” (Badinter, 1993). La vigilancia de género, como lo expresa Kimmel (1997), está presente de forma tácita en muchas de las interacciones que entablan los varones entre sí, dando lugar a posibles “sanciones” dentro del grupo de pares, en caso de detectar posibles desviaciones a la norma de la “masculinidad hegemónica”. El apelar a la violencia física, a las peleas y/o los insultos (“hacerse los

¹⁸ En el año 2013 se aprueba en nuestro país la ley 19075, que reconoce como legítimo el matrimonio civil entre personas del mismo sexo, así como también dispone algunos cambios en el código civil y el código de la niñez y adolescencia relativos a los deberes entre los cónyuges y ex cónyuges, relaciones de familia, divorcio, nombre.

malos”, “mirar de pesado”) es otro de los mecanismos frecuentemente utilizados por estos varones para reafirmar e imponer la condición heterosexual y viril de la masculinidad hegemónica. Se evita ser tildado de “cagón” o “cobarde” ante la emergencia de situaciones de esa naturaleza; por lo tanto, el camino elegido para saldar esas disputas es a través de la pelea o la confrontación.

Al tratarse de una investigación que puso foco en las formas en que los varones construyen su identidad de género, uno de los tópicos que a priori consideraba más importantes era la opinión que ellos tenían acerca de la violencia basada en género.

Los discursos de los alumnos entrevistados están evidenciando que hay mucho camino por recorrer, en cuanto a la identificación por parte de estos jóvenes de situaciones que configuran violencia de género y que los mismos muchas veces no reconocen como tal: en muchos fragmentos del discurso se cristaliza la concepción de la novia-pareja como un objeto de posesión, la cual muchas veces es “responsable” de lo que le sucede por la forma en que se viste, o por sus actitudes. Cabe destacar que el discurso de las mujeres de la carrera de mecánica automotriz entrevistadas se ve permeado por otras cuestiones que no aparecen en el discurso de los varones: el concepto de “vulnerabilidad” de la mujer que está atravesando una situación de violencia, algo que también surgió en las entrevistas con los alumnos varones de la carrera de belleza capilar.

En la última sección del análisis, se hizo hincapié en los vínculos entre masculinidad, marginalidad, violencia y delincuencia. Los jóvenes entrevistados, cuando fueron consultados por estos asuntos, exhibieron una aproximación muy evidente a estos fenómenos, relatando incluso historias personales o de personas muy allegadas a ellos. En estos relatos, se hicieron presentes temas tales como la violencia urbana (muchas veces con resultado de muerte), el narcotráfico, la delincuencia, y también el contenido de las letras de su género musical preferido, el “Trap”.

En épocas en las que el narcotráfico se ha convertido en un negocio redituable, que domina muchos barrios de la capital¹⁹ y muchos jóvenes perciben en el mismo una alternativa de fuente de ingresos (ante las dificultades que muchas veces tienen producto del estigma social de ingresar al mercado laboral formal), se observa en el discurso de

¹⁹ En el momento de escribir esta monografía, se está desarrollando un fuerte enfrentamiento entre dos bandas dedicadas al narcotráfico en el barrio montevideano de Villa Española, zona aledaña al centro educativo donde se realizó la investigación.

los jóvenes entrevistados una idealización muy poderosa de la figura del “narco”, del mandamás del negocio, que obtiene beneficios tanto materiales como inmateriales (lealtad, reconocimiento y también éxito con las mujeres), a sabiendas de los riesgos que conlleva dicha actividad ilegal. La cárcel es otro lugar que aparece con frecuencia en el discurso de estos jóvenes, muchas veces como destino inexorable como consecuencia de sus condiciones de exclusión y estigma social al que son condenados desde el comienzo de sus vidas.

La “hipermasculinidad” que hacía mención Zaluar al referirse al estilo de masculinidad exhibida por los narcotraficantes en zonas marginales de Rio de Janeiro, así como también otras formas que adquiere en otras regiones del continente (Caraballo hablaba de los “malandros” en Venezuela), parece ir adoptando un corpus propio y autóctono en nuestro país, de similares características a la de los países anteriormente señalados. Y la música “Trap” se convierte en una bandera para estos jóvenes (tanto varones como mujeres), donde se expresa y refleja toda la realidad cotidiana que perciben (y hasta cierto punto también parecen aspirar a ella), con letras que hacen explícita referencia al consumo de drogas, a la ostentación de bienes materiales (autos, joyas), el uso de armas de fuego para amedrentar y también utilizar ante potenciales “enemigos” y la visión de la mujer como un “objeto”, cuyo uso se limita casi exclusivamente al placer (descartable). El “Trap” denigra a la mujer en sus letras, la “cosifica”, pero tanto los varones como las mujeres consultadas relativizan muchas veces esto o no lo consideran necesariamente algo “negativo”, lo que sigue denotando la naturalización de la problemática de la violencia hacia las mujeres, que tiene su reflejo más dramático en el femicidio.

En conclusión, y en virtud de dar respuesta a la pregunta que orientó desde un principio esta investigación, se destaca que del discurso de los jóvenes entrevistados se pueden extraer varias conclusiones interesantes. En primer lugar, parece que en el contexto actual en el que transitamos, la masculinidad hegemónica (en los términos que fue abordada en este trabajo) sigue teniendo un peso muy importante tanto en los discursos como en las prácticas de los varones adolescentes, en la construcción de sus identidades de género como varones. Tanto a la hora de hablar sobre estereotipos de género, como sobre la homosexualidad (y la homofobia), la violencia de género y los códigos y consumo cultural en los barrios, estos jóvenes se siguen identificando con figuras y representaciones sociales que ubican al varón en situaciones de privilegio en relación a

las mujeres, y a otros varones que no adhieren al modelo hegemónico de la masculinidad.

El rol de proveedores en el ámbito familiar, la facilidad “natural” para el desempeño de determinadas tareas y labores, el éxito heterosexual, la virilidad, la valentía, la culpabilización de la mujer muchas veces ante casos de violencia de género, el “hacerse valer” ante situaciones violentas o disputas y su percepción sobre el mundo del narcotráfico y la violencia urbana, nos evidencian que el modelo de masculinidad hegemónica sigue siendo el predominante, aunque en ciertos casos exista una “apertura” a replantearse y repensar todos estos temas, desde una óptica diferente a la que están acostumbrados.

El trabajo institucional en materia de igualdad de género aún es incipiente, y por ahora solamente está aportando un “granito de arena” en referencia al abordaje integral de esta problemática, que es cotidiana y transversaliza todas las dimensiones de la vida de los y las alumnos/as. Si bien desde la sociedad civil y el Estado se viene trabajando desde hace algunos años en nuevas masculinidades, el camino a recorrer es muy largo aún. Este trabajo tuvo un carácter exploratorio, y lejos está de pretender exhibir un abordaje general del tema. El objetivo de una futura investigación será conocer el alcance de la masculinidad hegemónica en otros contextos y con otros jóvenes.

Elegí una cita de Ángeles Carabí para culminar el trabajo, ya que sintetiza con estupenda claridad la tarea que tenemos como varones de aquí hacia el futuro:

“El varón no tiene otro enemigo que sí mismo o, mejor dicho, la construcción de sí mismo que ha heredado. Deconstruir la cultura de la que forma parte resulta un proceso complejo porque no sólo es un «algo» intangible, sino que las rutinas jerárquicas de género, raza y orientación sexual entretejen el sistema económico, social y político en el cual él es todavía el centro de referencia. Por este motivo, es necesario que el hombre establezca vínculos cercanos con otros hombres y que mantenga relaciones próximas con los grupos antes marginados ya que estos, desde hace años, están trabajando en la reconstrucción del conocimiento.” (Carabí, 2000: 26)

9. Bibliografía

- Aguirre, R. (1998) *Sociología y género. Las relaciones entre hombre y mujeres bajo sospecha*. Montevideo: Doble clic Soluciones Editoriales.
- Alonso, L. (1995) *Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa*. En Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (comps.) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Alonso, L. (1998) *La mirada cualitativa en sociología. Una aproximación interpretativa*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Administración Nacional de Educación Pública (2020) *Plan integral para la promoción de la accesibilidad de niñas y adolescentes a las formaciones en ciencia y tecnología*. Montevideo.
- Azamar, C. (2015) *Del “puto” (amistoso) a la “bitch” (de cariño): el insulto como manifestación de violencia de género*. Memoria del coloquio de investigación en género desde el IPN, Año 1, No. 01, enero-diciembre 2015. México, D.F.
- Badinter, E. (1993) *XY La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bonino, L. (2003) *Masculinidad hegemónica e identidad masculina*. Dossiers Feministes, p. 7-36. Editada por el Seminario de Investigación Feminista de la Universitat Jaume I de Castellón, España.
- Bourdieu, P. (2000) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Briceño-León, R. (2002). *Introducción. La nueva violencia urbana en América Latina*. En: Briceño-León, Roberto (comp.). “Violencia, sociedad y justicia en América Latina” Clacso, Buenos Aires.
- Butler, J. (2006) *Deshacer el género*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Calisto, E., Gandolfi, F, Rostagnol, S. (2023) *Entre jugar de mano y querer cambiarlo todo. Etnografía de la socialización sexual en Montevideo*. Montevideo: Zona editorial.
- Caraballo, P. (2015) *El cuerpo malandro. Violencia e identidad masculina en el barrio*. Espacio abierto, Cuaderno Venezolano de Sociología, Vol. 24-Nro 3. (Julio-setiembre de 2015, 141-158)
- Carabí, A. y Segarra, M. (eds.) (2000) *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Castells, M. (2001) *La Era de la Información. Vol. II: El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial.

Colás Bravo, P. y Villaciervos Moreno, P. (2007) *La interiorización de los estereotipos de género en jóvenes y adolescentes*. En Revista de Investigación Educativa, 2007, Vol. 25, n.º 1, págs. 35-58, Universidad de Sevilla.

Conde, A.L. (2013) *Educación técnica y género en el Uruguay. ¿Una realidad que se transforma?* Tesis para la obtención del título de Maestría en Sociología. FCS – Udelar.

Connell, R. (2003) *Adolescencia en la construcción de masculinidades contemporáneas*. En Olavarria, J. (Editor) “Varones adolescentes: Género, identidades y sexualidades en América Latina”. Santiago de Chile: Flacso.

Cozzi, E. (2022) *De ladrones a narcos. Violencias, delitos y búsquedas de reconocimiento*. Buenos Aires: TeseoPress.

Cruz Sierra, S. (2002) *Homofobia y Masculinidad*. Revista El Cotidiano Vol. 18, N° 113, mayo - junio. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, Distrito Federal, México

Duque, C. (2010) *Judith Butler y la teoría de la performatividad de género*. En Revista de educación y pensamiento, ISSN 1692-2697, N°. 17, 2010, págs. 85-95

Fernández Casado, A. (2016) *Coeducación y profesiones masculinizadas. El papel del sistema educativo como agente de socialización*. Federación Española de Sociología. Disponible en: <http://www.fes-sociologia.com/files/congress/12/papers/4930.pdf> [Consultado el 16 de Septiembre de 2019]

Fernández-Llebrez, F. (2005) *Masculinidades y Violencia de género ¿Por qué algunos hombres maltratan a sus parejas (mujeres)?* ALDARTE. Disponible en <<http://www.aldarte.org/comun/imagenes/documentos/Masculinidadesyviolenciadegenero.pdf>> [Consultado el 15 de diciembre de 2017]

Ferrari, F. y Scavino, S. (2015) *Desigualdades de género en jóvenes uruguayos*. En Batthyány, K. (Editora) “Los tiempos del bienestar social. Género, trabajo no remunerado y cuidados en Uruguay”. Inmujeres-Mides, Montevideo.

Fuller, N. (2003) *Adolescencia y riesgo: Reflexiones desde la antropología y los estudios de género*. En Olavarria, J. (ed.) “Varones adolescentes: Género, identidades y sexualidades en América Latina.” Santiago de Chile: FLACSO.

Graña, F. (2011) *Raíces de la violencia basada en el género. Los orígenes de la dominación masculina: apuntes para una búsqueda*. Ponencia presentada en el IV Coloquio Internacional de Estudios sobre Varones y Masculinidades. Udelar, Montevideo, 19 al 21 de mayo de 2011.

INEEd (2017), *Informe sobre el estado de la educación en Uruguay 2015-2016*. INEEd: Montevideo.

- Kanter, R. M. (1977) *Men and Women of the Corporation*. New York: Basic Books.
- Kimmel, M. (1997) *Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina*. En: Valdés, Teresa y Olavarria, José (eds.). "Masculinidad/es: poder y crisis" Santiago de Chile: ISIS-FLACSO.
- Lomas, C. (2007) *¿La escuela es un infierno? Violencia escolar y construcción cultural de la masculinidad*. En Revista de Educación (Madrid), 342. Enero-abril 2007, pp. 83-101.
- Luraschi, N. (2015) *Construcción de género en adolescentes de una institución de educación media de Montevideo*. Tesis de Maestría, Facultad de Psicología, UDELAR.
- Margulis, M. (2008) *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- Mendez Diz, A. y Schwarz, P. (Coord.) (2012) *Juventud y género: sentidos y usos del cuerpo, tiempos y espacios en los jóvenes de hoy*. Buenos Aires: Lugar editorial.
- Olavarria, J. (2005) *La masculinidad y los jóvenes adolescentes*. Revista Docencia, Vol. 27, Año X, Santiago de Chile.
- Olavarria, J. (2003) *¿En qué están los varones adolescentes? Aproximación a estudiantes de enseñanza media*. En Olavarria, J. (ed.) Varones adolescentes: Género, identidades y sexualidades en América Latina. Santiago de Chile: FLACSO.
- Olavarria, J. (2001) *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexo*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Osborne, R. (2005) *Desigualdad y relaciones de género en las organizaciones: diferencias numéricas, acción positiva y paridad*. En Revista Política y Sociedad, 2005, Vol. 42 Núm. 2: 163-180, Madrid
- Rivero, L. y Ortega, M. (2020) *Educación técnica profesional en Uruguay. Análisis de cuatro orientaciones de Enseñanza Media Superior desde un enfoque de género*. Montevideo: CEPAL – INMUJERES – CETP.
- Rotondi, G. (2000) *Pobreza y Masculinidad. El urbano marginal*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Segato, R.L. (2003) *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Prometeo, Universidad Nacional de Quilmes: Buenos Aires.
- Segato, R.L. (2018) *Contra-pedagogías de la crueldad*. Editorial Prometeo: Buenos Aires.
- Solana, M. (2013) *Pornografía y subversión: una aproximación desde la teoría de género de Judith Butler*. Convergencia, 20(62), 159-179. Recuperado el 18 de

diciembre de 2023,
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-14352013000200006&lng=pt&tlng=es.

Tenenbaum, G., Viscardi, N., Fuentes, N., Salamano, I. y Espíndola, F. (2021) *Relatos de muerte. Homicidios de jóvenes montevideanos en ajustes de cuentas y conflictos entre grupos delictivos*. ANII, FCS, FHCE y Obsur. Montevideo, Uruguay.

Tomassini, C. (2014) *Ciencia, Academia y Género. Trayectorias académicas de varones y mujeres en dos disciplinas del conocimiento dentro de la Universidad de la República*. Montevideo: CSIC-UdelaR.

Tomassini, C. y Zurbrigg, J. (2020) *Evaluación de las desigualdades de género en la comunidad científica de neurociencia de América Latina*. Serie Estudios y Perspectivas- Oficina de la CEPAL en Montevideo, N° 50.

UNESCO (2019). *Descifrar el código: la educación de las niñas y las mujeres en ciencias, tecnología, ingeniería y matemáticas (STEM)*. París, Francia: UNESCO.

Viscardi, N., & Tenenbaum, G. (2023). *Violencias, territorios y tráfico de drogas en América Latina*. Revista de Ciencias Sociales, 36 (53),7-14. [fecha de Consulta 19 de febrero de 2024]. ISSN: 0797-5538. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=453676308001>

Viscardi, N. (2021). *Adolescentes infractoras. El lado femenino de la exclusión*. En: Departamento de Sociología (coord.). Del Instituto de Ciencias Sociales al Departamento de Sociología. Sesenta años desde la creación del Instituto de Ciencias Sociales, vol. III. Montevideo: Doble clic · Editoras, pp. 111-152

Viscardi, N. y Alonso, N. (2013). *Gramática(s) de la convivencia. Un examen a la cotidianidad escolar y la cultura política en la Educación Primaria y Media en Uruguay*. Montevideo: ANEP-CODICEN.

Viscardi, N. (2008). *Violencia en las aulas: práctica educativa, conflicto escolar y exclusión social*. En Paternain, R. y Sanseviero, R. (comps.) “Violencia, inseguridad y miedos en Uruguay. ¿Qué tienen para decir las ciencias sociales?”. Montevideo: FESUR.

Viscardi, N. (2002). *Violencia en el espacio escolar en Uruguay: prácticas, respuestas y representaciones*. Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales, (17), 31-54

Walker, L. (1979) *Las mujeres agredidas*. New York: Harper and Row.

Willis, P. (1988) *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Madrid: Ediciones Akal.

Zaluar, A. (2008) *Paradojas del crimen-negocio global en Brasil*. En Fleury, S.; Subirats, J. y Blanco, I. (eds.) *Respuestas locales a inseguridades globales. Innovación y cambios en Brasil y España*. Barcelona: Fundación CIDOB.

Artículos periodísticos:

Mora, L. (2017) “El trap latino: ¿Qué voces se manifiesta?” Disponible en: <<https://fldramapopular2.wordpress.com/aportes-de-los-estudiantes-2017/luis-mora-el-trap-latino-que-voces-se-manifiesta/>> [consultado el 30 de julio de 2017]

La Semana [en línea] (2016) “Trap, el género que lleva la mala fama del machismo” Disponible en: <<http://www.semana.com/cultura/articulo/machismo-en-el-reggaeton-el-trap-y-la-musica/509720>> [Consultado el 30 de julio de 2017]

Páginas web consultadas:

Ministerio del Interior. - <https://www.gub.uy/ministerio-interior/datos-y-estadisticas/estadisticas/presentacion-datos-genero-2022>